

SUMARIO

Editorial

¿Por qué una nueva publicación?

CEMIN

Comisión Episcopal de Ministerios

Espiritualidad

“La alegría de la fidelidad”

Cardenal Eduardo Pironio (Roma)

Formación humana

Afectividad y disciplina humana

Pbro. Adrián Salvo (San Isidro)

Teología

El presbítero y sus vínculos en la familia de Dios

Pbro. Carlos Galli (Buenos Aires)

Testimonios

Una experiencia regional de formación

Pbro. Carlos Degiusti (Chaco)

Documentos

Reaviva el don de Dios que está en tí

Conferencia Episcopal Italiana

Recensiones

“Adulto y cristiano. Crisis de realismo y madurez cristiana” Javier Garrido.

Fr. Evelio José Ferreras, OP

Recensiones

“La radicalidad de la fe”

Carlos María Martini

Pbro. Eduardo Street (Olivos, Bs. As.)

## EDITORIAL

---

### ¿POR QUE UNA NUEVA PUBLICACION?

Varios sacerdotes de la Argentina nos hemos reunido a partir de una preocupación compartida y del deseo de ofrecer alguna respuesta. Provenimos de distintas regiones y diócesis; tenemos distintas edades; hemos recibido formaciones diversas; nuestros estilos pastorales, nuestros itinerarios ministeriales, nuestras aptitudes e inclinaciones naturales tampoco son coincidentes. Sin embargo todos hemos sido convocados por Jesús, el Buen Pastor, a servir en la Iglesia como presbíteros. Nos sentimos felices por esta llamada y queremos compartir con todos los hermanos sacerdotes del país la alegría de nuestro ministerio.

Sin embargo no ignoramos que, como todo en este tiempo de peregrinos, esta alegría se vive entre luces y sombras. Hacemos con todo el pueblo de Dios un camino lleno de "gozos y esperanzas" pero también de "angustias y tristezas". Estamos convencidos de la fidelidad de Dios, que nunca nos abandona, pero sabemos que es necesario "reavivar el don de Dios, que está en nosotros" (2ª Tim 1,6). Constatamos las dificultades que a menudo enfrentamos cuando queremos vivir con seriedad el sacerdocio y también constatamos que no siempre vivimos el sacerdocio con seriedad. Por ello sentimos la urgencia -que brota de la misma caridad pastoral- por renovarnos en la fidelidad (cfr. PDV 70).

Así es que hemos pensado ofrecer este aporte como un servicio de hermanos a hermanos, porque sabemos que somos nosotros mismos, los presbíteros, los primeros responsables de buscar solidariamente los caminos de nuestra formación personal y comunitaria para renovarnos y vivir un ministerio más feliz. Se trata de un medio más, ni el único ni el más importante, para avanzar en lo que hoy ya todos conocemos como formación sacerdotal integral y permanente. Creemos responder a una sentida necesidad del clero en la Argentina. Queríamos poder llegar a todos, atendiendo a las diversas situaciones pastorales, culturales, vitales. Lo queremos hacer en un clima de comunión y de libertad, con el sentido de Iglesia que brota de nuestra fe y con la responsabilidad que surge de la propia iniciativa. Somos conscientes de lo arduo de la tarea y apelamos a la colaboración de todos los que compartan nuestra inquietud. Desearíamos hacer de esta publicación un ámbito de comunión, reflexión e intercambio de dones.

En concreto iniciamos este proyecto con el objetivo de ofrecer a los sacerdotes subsidios para su formación permanente. Por ello cada número incluirá artículos referidos a la identidad, vida, espiritualidad y ministerio presbiteral y a las cuatro dimensiones de la formación señaladas en "Pastores dabo vobis"; recogeremos también experiencias valiosas en el campo de la formación permanente; dedicaremos una sección a transcribir documentos magisteriales sobre este tema y finalmente procuraremos ofrecer un servicio de recensión de libros de interés para el clero. Procuraremos tener en cuenta, en la medida de lo posible, las distintas edades y etapas de la vida sacerdotal.

No se trata, por tanto, de una revista de teología, ni de pastoral, ni de espiritualidad, ni de liturgia, ni de catequesis. Aunque estos temas puedan ser abordados, siempre se lo hará desde la específica perspectiva de la formación sacerdotal permanente. Así nuestra publicación, que -Dios mediante- saldrá tres veces al año, no pretende sustituir a ninguna de las publicaciones que se editan regularmente y se dedican a dichas materias.

Nos ha parecido conveniente poner como nombre de estos cuadernos la palabra "Pastores". Si el Concilio Vaticano II nos ayudó a los sacerdotes a entendernos y llamarnos

"presbíteros", creemos que la Exhortación "Pastores dabo vobis" nos impulsa a comprendernos y presentarnos como los "pastores" que, según el corazón de Dios (Jer 3,15), hacen presente la caridad de Cristo, el Buen Pastor (PDV 57).

El sostenimiento económico de la revista se hará con el aporte de los mismos sacerdotes que se suscriban (o encuentren otras formas de colaboración) y de las personas que entienden la necesidad de esta publicación. Somos conscientes que esto entraña un gran desafío pero estamos convencidos que vale la pena enfrentarlo. Confiamos en la solidaridad de todos los que compartan nuestra preocupación.

Para este número inicial hemos pedido la colaboración del Cardenal Eduardo Pironio, un gran amigo de los sacerdotes, quien ha celebrado el año pasado su jubileo sacerdotal y comparte con nosotros las reflexiones que le inspira este acontecimiento. El Pbro. Adrián Salvo, de la diócesis de San Isidro (Bs. As.), nos ofrece algunas reflexiones de particular interés para la problemática de la vida afectiva. Dos integrantes de nuestro Consejo han colaborado preparando sendos artículos para este número: el Pbro. Carlos De Giusti, de la diócesis de Reconquista (Sta.Fe), nos dará noticia del camino recorrido por la Región del Nordeste Argentino (NEA) en el tema que nos interesa, y el Pbro. Carlos Galli, de la Arquidiócesis de Buenos Aires, inicia una serie de reflexiones teológicas sobre el sacerdote y sus vínculos en la familia de Dios. Finalmente hemos traducido un documento de la Conferencia Episcopal Italiana publicado en la Cuaresma de 1993, que revela la preocupación de los obispos italianos por la formación permanente de sus sacerdotes.

La nueva evangelización a la que hemos sido llamados reclama de cada uno de nosotros novedad en el ardor, los métodos y la expresión, y nos urge a corresponder al don de Dios con una vida ministerial más generosa, más sencilla, más coherente; en definitiva, más santa. Así nos lo proponía Juan Pablo II: "Todos los sacerdotes están llamados a ser conscientes de la especial urgencia de su formación en la hora presente: la nueva evangelización tiene necesidad de nuevos evangelizadores, y estos son los sacerdotes que se comprometen a vivir su sacerdocio como camino específico a la santidad..." (PDV 82).

Quiera Dios bendecir este proyecto que hoy lanzamos para que sea otro aporte a esta formidable empresa. María, Estrella de la nueva evangelización, nos ayude y proteja a lo largo del camino.

**CEMIN**

Comisión Episcopal de Ministerios

Buenos Aires, 8 de agosto de 1994

Mons. Carlos Franzini  
Vicario General de la Diócesis de San Isidro  
Secretario Adjunto de la CEMIN

Querido Hermano:

He recibido tu carta del 6 de julio ppdo., en la que me confirmas el propósito de un grupo de presbíteros de distintas diócesis del país, de editar una Revista Sacerdotal.

La iniciativa me alegra inmensamente; y no sólo a mí, sino a todos los Obispos miembros de esta Comisión, a quienes hoy informé de tu carta. La Revista llega en un buen momento, pues, aún sin haberlo hablado formalmente, coincide con el deseo de muchos Presbíteros que así lo expresaron en la reciente Jornada Nacional de Sacerdotes, realizada en Villa Cura Brochero.

En nombre de la CEMIN, no dudo en prestar todo el apoyo que esta puede dar, y si es conveniente, puedes decir que la Revista se edita con "los auspicios de la Comisión Episcopal de Ministerios".

Ruego a Jesús, Buen Pastor, que bendiga y haga fructificar esta iniciativa sacerdotal, a fin de que sea instrumento de comunión fraterna entre los sacerdotes y de formación permanente.

Te abrazo con fraterno afecto,

Carmelo Juan Giaquinta  
Presidente de la CEMIN

## **"LA ALEGRÍA DE LA FIDELIDAD"**

---

Cardenal Eduardo F. Pironio – Roma

"Feliz de Ti por haber creído"

(Lc 1,45)

"Felices los que escuchan la Palabra de Dios y la practican"

(Lc 11,28).

1. Con motivo de mis 50 años de sacerdocio he hablado mucho del peso del amor de Dios ("pondus meum, amor meus") y de la alegría de ser sacerdote. He sentido necesidad de gritarlo sobre todo a los jóvenes, a los sacerdotes jóvenes o a los sacerdotes no tan jóvenes pero en dificultad. Quiero ahora explicar un poco más el sentido de mis palabras. Pero quiero hacerlo a modo de simples apuntes o reflexiones que nacen de una larga experiencia sacerdotal. No pretenden ser una "teología de la fidelidad" (de Dios, ante todo, y luego del sacerdote), sino que es un modo sencillo de prolongar mi Magnificat sacerdotal.

Desde mi ordenación he dedicado gran parte de mi ministerio a los sacerdotes: a su formación inicial en el Seminario y a su formación permanente en escritos, conferencias y cursos. Recuerdo con gratitud y cariño mis años de profesor en Mercedes y mi tiempo privilegiado de Rector en Villa Devoto. ¡Cuánta oración y silencio compartido, cuánta cruz gustada, cuánta esperanza madurada! El Señor me concedió la gracia de trabajar con grandes sacerdotes (algunos de ellos ya muertos) y de peregrinar con ellos por algunas Diócesis y seminarios del país. Se trataba de una especie de cursos itinerantes de formación permanente donde siempre me reservaban el tema de la espiritualidad sacerdotal. En 1954 estaba yo en Roma cuando, a fines de mayo, canonizaron a Pío X. Recuerdo que durante la larga procesión a pie, desde San Pedro a Santa María la Mayor, acompañando el cuerpo del nuevo Santo, recé constantemente por los sacerdotes y le prometí a San Pío X vivir mi sacerdocio amando muy especialmente a los sacerdotes y trabajando por ellos y con ellos.

No sé si lo he cumplido bien, pero he intentado hacerlo y eso constituye una de mis alegrías más hondas. Porque es como compartir la alegría de mi propio sacerdocio, que es el sacerdocio de Jesús, Sumo y Eterno Sacerdote. Me siento sumamente feliz cuando el Señor me concede la gracia -no tan frecuente en mi ministerio actual- de ordenar un sacerdote. Es un momento central en la gozosa paternidad de un Obispo.

2. Pero quiero volver al tema propuesto: la alegría de la fidelidad. "Dios es fiel" (cf. 2Tm 2,13). Al terminar su primera carta a los Tesalonicenses, el Apóstol Pablo los saluda augurándoles: "Que el Dios de la paz los santifique plenamente, para que ustedes se conserven irreprochables en todo su ser -espíritu, alma y cuerpo- hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo. El que los llama es fiel, y así lo hará" (1Ts 5,23-24). Es importante tener conciencia de la inquebrantable fidelidad de Dios en nuestra vida sacerdotal. Dios es perpetuamente fiel. La esencia de Dios es la fidelidad: "Yo soy el que soy", dice a Moisés (Ex 3,14), es decir: "Yo soy el que siempre está contigo". Por eso Jesús se autodefine "Yo soy" (Jn 8,28). Y es él el que nos elige, nos consagra y nos envía: "No son ustedes los que me eligieron a mí, sino yo el que los elegí a ustedes, y los destiné para que vayan y den fruto, y ese fruto sea duradero" (Jn 15,16). Son palabras que nos comprometen, pero al mismo tiempo nos dan serenidad y coraje. Valdría la pena recordarlas en particulares momentos de dificultad o desaliento. Y meditarlas desde el comienzo: "Como el Padre me

amó, también yo los he amado a ustedes" (Jn 15,9). "Como el Padre me envió a mí, yo también los envió a ustedes" (Jn 20,21). La vocación es fruto del amor; es importante conservar en la vida la experiencia de este amor con que Jesús nos llama y se compromete. ¿Es que fui yo quien elegí este camino? ¿O es Alguien que lo recorrió primero, me "miró con amor" (Mc 10,21) y me invitó a seguirlo radicalmente dejándolo todo y cargando cotidianamente su propia cruz que ahora se ha hecho adorablemente también mía (cf. Lc 9,23-24)? Hay veces (y ahora es lamentablemente frecuente) en que nos puede entrar la duda: "¿Y si fui yo el que me equivoqué?", "¿Si fui yo el que elegí un camino que no era para mí?" Yo creo que es una falta de confianza en la inquebrantable fidelidad de Dios o una falta de coraje en mantener nuestra palabra empeñada y nuestro compromiso definitivamente contraído. Me parece que es una manera fácil de olvidarnos de nuestra alianza con Dios y con los hombres. San Pablo nos recuerda que "si somos infieles, él es fiel, porque no puede renegar de sí mismo" (2Tm 2,13). Esto tiene que asegurar y confirmar nuestra fidelidad. Yo no quiero acusar superficialmente a mis hermanos (sobre todo, a sacerdotes jóvenes) que, por un motivo o por otro, han entrado en crisis profundas y dolorosas (a veces la culpa la tenemos nosotros mismos porque los hemos dejado lamentablemente solos). Sólo quiero ofrecerles mi amistad y mi oración, y recordarles que Dios es irremediamente fiel.

3. En nuestra vida sacerdotal hay personas y cosas que ayudan a mantener viva la conciencia de la fidelidad de Dios: la familia, los amigos, la comunidad eclesial. En mi caso personal ha influido mucho mi familia, cristiana y numerosa. Me hizo bien su sencillez y su amor al trabajo. Un clima de oración y confianza en Dios que nos envolvía. Los amigos, particularmente los sacerdotes, han sido un regalo de Dios en mi vida. Siempre he sentido necesidad de sacerdotes amigos y he experimentado el amor de Dios en su presencia; su cercanía espiritual ha sido para mí una exigencia de fidelidad. Es más lo que yo he recibido de mis amigos que lo que haya podido darles yo. Por eso he hablado tanto de "la alegría de la amistad". En definitiva, es una experiencia continuada del día de nuestra ordenación: "Ya no los llamo servidores, porque el servidor ignora lo que hace su señor; yo los llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que oí de mi Padre" (Jn 15,15). Creo que es el don más grande en nuestra vida sacerdotal: la cercanía espiritual de los amigos. Pero, para tenerlos, hay que ser verdaderamente pobres y sencillos. Solo los pobres son capaces de abrirse, con humildad y gratitud, al don de los amigos. Los que se creen algo, quedan irremediamente solos. Otra circunstancia que nos ayuda a percibir y gozar la fidelidad de Dios es la propia comunidad eclesial a la que servimos. En ella se nos manifiesta y comunica el amor de Dios que nos exige y reconforta. Pero esto supone en nosotros una serena y constante voluntad de servicio: la edificación de una verdadera comunidad eclesial exige una capacidad de donación total. Entonces nos sentimos libres y felices. ¿Cómo nos ayuda a ser fieles la gozosa respuesta de una comunidad eclesial que nos siente sus "servidores" y constructores, y "presidentes" de su comunión!

4. ¿Cómo hacer para experimentar la alegría de la fidelidad?

a- Ante todo, la oración. Hace falta amar el desierto, la soledad, la contemplación. La vida del sacerdote supone momentos y espacios de silencio profundo, donde solo se perciba la Palabra de Dios y se experimente la acción del Espíritu Santo. Una oración y un silencio compartido, algunas veces, con otros sacerdotes. El sacerdote va descubriendo en la oración la alegría de ser amigo de Dios para los hombres; al mismo tiempo va gustando la alegría

de ser, no solo hombre de oración, sino sobre todo "maestro de oración". Particularmente los jóvenes sienten la necesidad de acercarse al sacerdote para pedirle: "enseñanos a orar" (Lc 11,1). Yo no creo que haya "fórmulas" para aprender o enseñar a orar. Hay ciertamente métodos que pueden ayudarnos a entrar en los secretos de la oración; pero en definitiva la oración supone la experiencia y cercanía del padre y del amigo ("yo los llamo amigos", Jn 15,15). Cuando Jesús intenta responder a la inquietud de sus discípulos les habla del "Padre" y del "amigo": "Cuando oren, digan: Padre..." (Lc 11,2) y luego añade: "Supongamos que alguno de ustedes tiene un amigo y recurre a él a medianoche para decirle: "Amigo,... etc" (cf.Lc 11,5-6). Lo que más impresionaba a los discípulos era la actitud orante de Jesús. De hecho, San Lucas comienza así el relato de la enseñanza del Padre nuestro y de las exigencias de la oración: "Un día, Jesús estaba orando en cierto lugar..." (Lc 11,1). Pienso que todos los sacerdotes han tenido esta experiencia: "¿Padre, cómo hace usted para orar?" o "¿cómo es su modo de orar?". Nos resulta difícil (al menos para mí) transmitir "fórmulas" o "recetas". Debiera ser más fácil vivir esta experiencia de los primeros discípulos de Jesús: "Maestro, ¿dónde vives?". "Vengan y lo verán", les dijo Jesús. "Fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él ese día (Jn 1,38-39).

b- Una segunda actitud para experimentar la alegría de la fidelidad, es la pobreza: porque el Señor se revela y comunica a los pobres. Pero a los pobres de veras, como María ("mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi Salvador, porque él miró con bondad la pequeñez de su servidora", Lc 1,47-48). Dios hace maravillas en los pobres, en los humildes, en los sencillos. "Jesús se estremeció de gozo, movido por el Espíritu Santo y dijo: `Te alabo, Padre, señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así lo has querido'" (Lc 10,21). La pobreza verdadera nos pone en total dependencia, apertura y abandono, con respecto a Dios. Uno siente la alegría de no ser nada, de no poseer nada, de no saber nada. La única sabiduría es la del pobre, la de la cruz, la del Espíritu Santo. Uno siente entonces que Dios está dentro y lo va haciendo todo: cuando predica, cuando celebra, cuando organiza. Es una pena que habiéndolo dejado todo por el Reino -casa, parientes y bienes- no hayamos logrado todavía ser verdaderamente pobres. Siempre hay algo -búsqueda de estima, de éxito, de recompensa- que impide que despeguemos, seamos libres y felices. Hay veces en que nos sentimos tan seguros de nosotros mismos, tan capaces de organizarlo todo, que perdemos la alegría que alguien nos ayude, que el obispo nos enseñe, que Dios nos perdone. Uno es pobre de verdad cuando sabe aceptar sus límites y reconocer su pecado. Es el caso de David: "devuélveme la alegría de tu salvación" (Sal 50,14).

c- Pero hay un momento -también un medio privilegiado- en que el sacerdote experimenta la alegría del amor de Dios y la fidelidad a su promesa: es la configuración con Cristo Sacerdote por la cruz pascual. Cristo "se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor... Se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz. Por eso, Dios lo exaltó..." (Flp 2,6-11). El Misterio Pascual -muerte y resurrección, cruz y esperanza- es esencial en la vida del sacerdote. El sacerdote "es el hombre de la Pascua": la anuncia en su predicación, la celebra en la Eucaristía, la transparenta y comunica en su vida consagrada. Tarde o temprano -más temprano que tarde- el Señor lo visita con su cruz. Es un signo de que va bien, de que su vida se hace transparencia de Jesús y de que su ministerio se va haciendo cada vez más fecundo. "Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; pero si muere da mucho fruto" (Jn 12,24). San Pablo lo entendía bien cuando escribía: "Yo sólo me gloriaré en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo" (Ga 6,14). Es la alegría de

sentirse privilegiadamente amado por el Padre y llamado a participar de un modo especial en la Pasión del Señor: "Me alegro de poder sufrir por ustedes, y completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, para bien de su Cuerpo, que es la Iglesia" (Col 1,24).

Por eso es absurdo pensar que hemos equivocado el camino cuando nos visita la cruz. Es el único modo de vivir plenamente nuestro sacerdocio. "Salve, oh Cruz, nuestra única esperanza", canta la Liturgia en el tiempo de la Pasión; se trata ciertamente de la Cruz adorable de Jesucristo, pero, en ella y desde ella, de nuestra propia cruz cotidiana. Hay momentos en que la cruz nos resulta particularmente pesada; ojalá que entonces no nos falte la presencia espiritual de algún amigo. Lo necesitamos todos. Lo necesitó Jesús cuando la Cruz se le hizo dolorosamente inminente: "Llevando con él a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse. Entonces les dijo: 'Mi alma siente una tristeza de muerte. Quédense aquí, velando conmigo'" (Mt 26,37-38). Ojalá encontremos siempre, en los momentos de soledad y sufrimiento, de crisis de fe y de desaliento, una persona amiga (el Obispo, sobre todo, o algún hermano sacerdote) que nos diga: "No tengas miedo; Dios es fiel".

La cruz no hay que pedirla: es un don que el Señor nos regala el día mismo de nuestra ordenación sacerdotal cuando nos llama sus amigos (cf. Jn 15,13-15). Es un don oculto y misterioso; hay que saberlo acoger con gratitud y alegría. Cuando se hace más fuerte y evidente, es cuando se hace más íntima y reconfortante la experiencia de la fidelidad de Dios; por eso es el momento de la alegría profunda, serena, contagiosa. Es el momento en que el sacerdote es plenamente sacerdote. Podemos estar llorando por fuera, serenos y alegres por dentro. Suelo repetir que sólo tienen derecho a ser felices aquellos que, como María, viven silenciosos al pie de la cruz; es decir, que la alegría verdadera echa sus raíces en la contemplación y la cruz.

## 5. Conclusión

Quisiera terminar con una invitación a la esperanza. La he predicado siempre en mi largo ministerio sacerdotal. Recuerdo que cuando prediqué mi Retiro en el Vaticano (1974), Pablo VI me recibió en Audiencia el último día y me agradeció que hubiese hablado tanto de la Iglesia y del sacerdocio. "También hablé mucho sobre la esperanza", le dije y me atreví a añadir: "Santo Padre, me pareció que, así como usted nos tiene que confirmar a todos en la fe, yo tenía en estos días la misión de confirmarle a Usted en la esperanza" (eran momentos duros en la vida de Pablo VI, el Papa más marcado por la cruz en este siglo). Pablo VI me miró con sus ojos profundos y luminosos y me dijo: "Y yo se lo agradezco y lo recibo como que viene de mi misionero".

Si hay algo que hoy necesita vivir, compartir y predicar el sacerdote es la esperanza. La esperanza que hay en él (cf. 1Pe 3,15). El sacerdote es el hombre de la Pascua y su misión es construir comunidades pascuales, profundamente animadas por el Espíritu de Pentecostés, es decir, orantes, fraternas, misioneras. ¡Qué bien hace en la Iglesia un sacerdote que irradia serenidad interior, alegría pascual y esperanza inmovible! Es la esperanza que se apoya en la resurrección de Jesucristo y en la fidelidad del Padre a sus promesas. Por eso escribe San Pedro: "Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en su gran misericordia, nos hizo renacer, por la resurrección de Jesucristo, a una esperanza viva" (1Pe 1,3)

Es la experiencia de la fidelidad de Dios que celebra María en el Magnificat: "como lo había prometido a nuestros padres, en favor de Abraham y de su descendencia para



siempre" (Lc 1,55). El canto de María es la respuesta a la "bienaventuranza" de su prima Isabel: "Feliz de ti por haber creído que se cumplirá lo que te fue anunciado de parte del Señor" (Lc 1,45), es decir "feliz por haber dicho que sí". Pero María dijo que sí cuando tuvo la experiencia del amor de Dios y de la fidelidad de su promesa: "¡Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo... No temas, María, porque Dios te ha favorecido... No hay nada imposible para Dios". Fue, entonces, cuando María dijo: "Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho" (Lc 1,26-38). "Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn 1,14), es decir el Hijo de Dios asumió en las entrañas virginales de María la fragilidad de nuestra carne y quedó consagrado por el Espíritu Santo, Sumo y Eterno Sacerdote. "Y nosotros hemos visto su gloria, la gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad", es decir, "pródigo en amor y fidelidad" (Ex 34,6). Yo termino aquí mis sencillos "apuntes" sobre "la alegría de la fidelidad". Es la alegría de la fidelidad de Dios a sus promesas: "Dios es fiel". Es la alegría, serena y honda, del sacerdote que ha vivido siempre en la pobreza, la contemplación y la disponibilidad de María, la humilde servidora del Señor. En el corazón de María -la pobre, la contemplativa, la fiel- dejo a todos los sacerdotes que he conocido en mi vida y en mi ministerio sacerdotal. Por todos rezo y a todos repito: "No tengan miedo. Dios es fiel", y no se censan de proclamar con la vida y la palabra "la alegría de la fidelidad".

## **AFFECTIVIDAD Y DISCIPLINA ESPIRITUAL**

---

Pbro. Adrián Salvo - San Isidro

### Contexto histórico

En relación a la formación permanente del clero, una necesidad que nos urge es encontrar una síntesis que aúne dos realidades que, tanto por la formación que hemos heredado como por el inconsciente colectivo que sirve de soporte al pensamiento contemporáneo, aparecen como opuestas e irreconciliables: afectividad y disciplina.

Por otra parte, el análisis de este tema puede revestir un interés más general en cuanto que afecta a las distintas formas de vida y compromisos que asume el hombre moderno.

Al rastrear aún de manera elemental las causas históricas de este estado de cosas, encontramos que la generación de nuestros antepasados inmediatos fue educada con parámetros muy distintos a los actuales. No sólo el contexto eclesial, sino la sociedad toda, daba a la autoridad un valor prácticamente indiscutible. Una disciplina estricta regía la formación en todos los niveles -disciplina que muchos de los que promediamos la mediana edad llegamos todavía a conocer en nuestra infancia y adolescencia- y que con relativa frecuencia tendía a excederse de los límites justos y necesarios.

Con el riesgo de generalizar un tanto, se puede decir que generaciones que recibieron toda su educación bajo este esquema fueron inducidas a confundir casi por completo el ser con el "deber ser". Esto es, toda la vida se configura y adquiere sentido a partir del cumplimiento de las obligaciones y deberes que la sociedad, sea civil o religiosa, impone al sujeto. Salirse de este esquema hubiera equivalido a una ruptura grave con el contexto, lo cual suponía una fuerte determinación por parte del individuo, aceptar el riesgo de ser catalogado de inmoral con la exclusión social consiguiente.

Es evidente que se debe distinguir la esfera pública de la privada, donde la vida de las personas corría a menudo por carriles separados. Junto a una cierta protección que ofrecía la sociedad a unos determinados valores morales se daba en forma más acentuada la tentación de hipocresía.

Más allá de las formas y estructuras que aparecen a nuestra mirada retrospectiva, tratemos de indagar en sus supuestos ideológicos. Una educación que otorga prioridad a la disciplina nos habla del retorno a un cierto pelagianismo, donde lo primero que cuenta son las propias fuerzas, con excesiva confianza en la capacidad de la naturaleza humana en desmedro de la gracia.

Como causa remota de esta situación aparece la división neta entre el dominio de la razón y el de la afectividad que surge a partir de la Ilustración. En oposición al racionalismo moderno emergen movimientos que reivindican el sentimiento, Romanticismo, etc. Pero ambas dimensiones de lo humano quedarán fatalmente separadas y contrapuestas.

Pero detrás de este aparente optimismo hay una desvalorización del hombre en su ser más profundo. Se ve reflejada una cierta ignorancia del individuo en su originalidad más propia, aquella que lo constituye en persona y lo hace irreductible a toda clasificación genérica, a todo ordenamiento de tipo general.

Toda disciplina que se impone desde fuera, en base a un "imperativo categórico", y de manera uniforme para todos, no puede dejar de ser agresiva para el sujeto.

Es interesante tener en cuenta lo que al respecto piensa Sto. Tomás de Aquino, quien apoyándose en S. Pablo y S. Agustín, afirma que una disciplina impuesta unilateralmente desde el exterior solo puede dar muerte. A partir de 2Co 3,6 La letra mata, el Espíritu da

vida dice así: "per litteram intelligitur qualibet scriptura extra homines existens, etiam moralium praeceptorum qualie continentur in Evangelio. Unde etiam littera Evangelii occideret, nisi adesset interius gratia fidei sanans" (Por eso, también la letra del Evangelio mata si no hubiese en ella la presencia interior de la gracia sanante de la fe S.Teol.I.IIq.106a.2).

Si tenemos en cuenta la etimología de la palabra educar, del latín 'educere', de ex y ducere (conducir) lo cual vendría a significar algo así como "sacar afuera", hemos de suponer que hay "algo dentro". Se establece a partir de aquí la línea divisoria que separa una concepción creacionista del hombre de la que lo reduce a pura materia (a riesgo de caer en lo grotesco, una especie de plastilina a ser moldeada, la cual carece de toda forma propia).

De retorno a nuestra indagación histórica, se puede sostener que la revolución estudiantil del '68 significó la cristalización de una rebeldía latente contra este estado de cosas. Justamente lo que por principio se ponía en cuestionamiento era el "establishment", lo establecido, lo estipulado sin previo análisis crítico.

En la conciencia juvenil de aquellos tiempos la rebeldía parecía formar parte de una nueva moralidad. Siempre a partir de esta actitud contestataria surgen formas alternativas de vida que en todos los casos intentan privilegiar la espontaneidad hippismo, vuelta a la naturaleza, amor libre, "flower power", rock, etc. Junto a estos movimientos de "generación espontánea", aparecen otros que expresan su rebeldía de manera estructurada a través de la política, recurriendo en algunos casos a la violencia como último recurso para lograr la tan anhelada irrupción de un mundo nuevo, de algo distinto.

Demasiado viejo parecía el que había sido heredado, y demasiado gastadas sus formas.

¿Qué de valioso y perdurable ha quedado de todos aquellos idealismos? Sería un poco apresurado aventurar un juicio global sobre cuestiones de historia tan reciente.

Todos sabemos que muchos de los hippies de aquel entonces se han convertido en yuppies (ejecutivos de alto nivel), que el rock ha sido reciclado por la sociedad de consumo y que hoy es Pepsi quien auspicia sus recitales masivos, que la política militante ya no despierta el interés de la juventud: pero la suma de estos datos no basta para que se tire todo por la borda.

Será necesario el paso de unos años para poder hacer un juicio maduro y sopesado. De lo que sí podemos estar ciertos es que en muchos aspectos ya no se puede volver atrás, a menos de caer en un fundamentalismo regresivo.

Como todo movimiento histórico, este despertar de la juventud -que hasta cierto punto hacía emerger una necesidad de la sociedad toda- a la búsqueda de algo distinto estuvo lleno de ambigüedades. Pero, a pesar de esto, no podemos negar que, leído a la luz de la historia de la salvación, por su envergadura constituyó un auténtico "signo de los tiempos", y que muchas de sus aspiraciones contaban con una dosis de legitimidad.

Por otra parte, aunque de manera difusa y remota, y aún con todos sus desvaríos, es probable que en algún sentido nos haya ayudado a redescubrir el evangelio de la libertad; aquello tan viejo pero tan nuevo, aquello que cada generación y cada creyente ha de experimentar como por vez primera, aquello que Pablo afirma con tanta vehemencia: Cristo nos liberó de la maldición de la ley... (Ga 3,13a).

Resulta patente que la Iglesia no es ajena a los acontecimientos del mundo. A la vez que por ellos se ve afectada, sobre ellos ejerce su influjo. En el caso peculiar que estamos tratando, tanto la formación en los seminarios como la vida de los presbíteros insertos en el mundo sufrió un cambio sustancial.

Desde la jerarquía se empezó a fomentar una formación más personalizada, insistiendo en la constitución de pequeñas comunidades donde los sujetos se sintieran más contenidos, en un ambiente de mayor fraternidad que superara las tendencias al individualismo y al anonimato, con referentes de autoridad más cercanos y con mayores posibilidades de diálogo. No es que todo esto se haya logrado en plenitud, pero sí que formaba parte de un nuevo ideal.

Ahora bien, aún con estas tendencias a una mayor libertad, nuestro seminario ofrecía una estructura bastante delimitada. Sus formas podrán ser valorizadas de distintas maneras, pero es incuestionable que obligaba a un mínimo de orden de vida.

Del seminario, estructura relativamente organizada, fuimos de repente los presbíteros lanzados al ministerio en un contexto afectado por los sucesos históricos antes mencionados. Una Iglesia menos recelosa y más abierta al mundo, con infinidad de posibilidades nuevas para la evangelización.

Pero también, y esto es reconocido menos frecuentemente -tal vez porque nos resulte difícil aceptarlo- con mayores riesgos y amenazas de diluir nuestra identidad sacerdotal y cristiana.

En la mayoría de los casos, sólo por oídas conocemos la figura del párroco tirano, omnipotente con respecto a la vida de sus tenientes curas. Pero tuvimos que habérnosla de repente con nuestra propia libertad. La estructuración de la mayor parte de nuestro día y de nuestra vida pasó a depender casi exclusivamente de nosotros mismos y del peso de nuestra conciencia frente a Dios.

Paralelamente fueron surgiendo en nuestro clero voces que legitimaban la vivencia y expresión de nuestra afectividad, que si bien no estaba antes absolutamente proscrita, en cierto sentido era puesta "bajo sospecha". Lo que al principio apareció como la originalidad o extravagancia de unos pocos, fue creciendo luego en envergadura y seriedad.

Curiosamente fuimos a descubrir que la afectividad no estaba tan ausente de los grandes místicos, sino que al contrario se ubicaba en el centro de su espiritualidad. Sea que se hable de "mociones interiores", de "deseos más profundos", de "sensibilidad interior", etc.; siempre se trata de la voz de Dios que habla en la hondura del espíritu humano, esto es, en su raíz más profunda por la cual sintoniza con lo real, la afectividad.

Por otra parte, lo que en la cultura moderna aparece dividido y fragmentado, en la mentalidad bíblica se encuentra reunido en una poderosa síntesis que se constituye en el eje en torno al cual se anuda e integran todas las potencias que constituyen al hombre en cuanto tal, esto es, inteligencia, afectividad, memoria, proyectos. Más allá de toda distinción psicológica, la antropología concreta y global de la Biblia considera el corazón del hombre como la fuente misma de su personalidad consciente, inteligente y libre, lugar desde donde emanan sus decisiones definitivas, lugar de la acción misteriosa de Dios.

La afectividad no aparece en este caso como una potencia aislada sino que impregna e integra todo el ser del hombre.

Los profetas que vislumbran la profunda renovación de la era mesiánica anuncian una alianza nueva, que no se realizará esta vez en el exterior, en "letras de piedra", sino en lo íntimo de los corazones (Jr 31,33ss; 32,37-41; Ez 36,26ss.).

Por su parte, los escritos sapienciales ligán con toda naturalidad el concepto de afectividad al de sabiduría. El recurso por el cual se la personifica no es otra cosa que la expresión de la bondad de Dios para con los hombres, su providencia. La acción de la Sabiduría no se reduce a regir mecánicamente el universo, sino que pone de manifiesto la atención llena de cariño por la que Dios cuida de su obra y la hace saludable. Al participar de la intimidad de

Dios, conoce su bondad y puede darla a conocer a los hombres. Para poseerla hay que amarla, y poseerla equivale a agradecer a Dios (Sab 1,1-15; 6,12,12-9.18).

(De todo esto se deduce la necesidad de "aggiornar" la espiritualidad del Sagrado Corazón de Jesús que en su articulación histórica se ha tornado tan vetusta y que, por otra parte, se prueba tan necesaria).

Ante este redescubrimiento, cabe la pregunta: ¿se trata de reivindicar la afectividad sin más? ésto significaría otorgarle un carácter absoluto a lo meramente humano. Así como por medio de la disciplina, también por medio de la afectividad se corre el riesgo de recaer en una suerte de "autodivinización".

La fe nos enseña que si bien toda la realidad humana es en sí misma buena, toda ella también está bajo el influjo del pecado. Junto al poder de la luz, experimentamos el de las tinieblas, y no sólo en las atrocidades e injusticias del mundo, lo percibimos en nuestro propio interior, en el abismo infinito que se abre y a menudo nos asusta cuando echamos la mirada hacia adentro y lo hacemos con veracidad.

Y no es sólo que experimentamos nuestra capacidad de mal, -Y así no hago el bien que quiero sino el mal que no quiero (Rm 7,19)- experimentamos también nuestra inconstancia, nuestra fragilidad; todos sabemos hasta qué punto nuestra afectividad es inestable, nuestros deseos cambiantes.

Al comienzo de esta reflexión, la dialéctica contemporánea entre afectividad y disciplina era adjudicada a una cuestión coyuntural, a la formación heredada. En rigor, habría que agregar que esta no es la única causa.

Una reflexión más penetrante nos hace ver que por la naturaleza misma de las cosas la noción de sensibilidad contrasta con la de organización y colinda con la de "pérdida de control de sí mismo".

Según la noción tomista el conocimiento apunta sin duda al ser objetivo, pero se acaba en el espíritu, lugar donde a través de la `species' o representación se "concibe" la cosa. De esta manera, por el conocimiento el hombre alcanza la realidad y se enriquece. Pero la forma en que posee la realidad es incorporándola de manera espiritual, inmaterial, en la propia interioridad.

De aquí puede nacer una sensación de dominio que, en caso de invadir al intelectual, lo conduce a la soberbia. El conocimiento llena de orgullo, el amor edifica (1Co 8,1b).

Por el contrario, el afecto no es un movimiento de interiorización, tiende a la cosa en cuanto que es en sí. Sto. Tomás no se cansa de recalcar este carácter existencial del amor. "Est autem proprium amoris, quod moveat e impellat voluntatem amantis in amatum" S.Theol.Ia q.36 a.1 (Lo propio del amor es que mueve e impele la voluntad del amante hacia el amado).

El amor apunta al ser. El amor sólo se conforma con la presencia de la persona o cosa amadas. De ahí que sea contrario a su naturaleza el volverse sobre sí mismo e implique una necesaria sumisión a la realidad.

El amor nos hace en cierto sentido "prisioneros" de lo que amamos -Allí donde esté tu tesoro, estará también tu corazón (Mt 6,21)- lo que conlleva una cierta sensación de pérdida de control de nosotros mismos. Toda pasión (el afecto es propiamente una `passio') encierra el peligro de una pérdida de libertad y, por tanto, del señorío de la persona sobre sí misma.

Nociones espirituales

En el terreno de lo afectivo nos movemos entre lo verdadero y lo falso, lo superficial y lo profundo, lo aparente y lo auténtico; pero de acuerdo a todo lo anterior, en este como en ningún otro campo somos medidos por la realidad de las cosas, sin que nosotros podamos erigirnos en medida de las mismas. A esta altura, es necesario para nuestro discernimiento ver qué nos enseña al respecto la Palabra de Dios.

¿Acaso puede el hombre prometer amor con veracidad? ¿Puede comprometerse afectivamente de manera sincera? ¿Es asequible al hombre el poder disciplinar su afectividad para lograrlo?

En lenguaje bíblico es verdadero aquello que permanece a través del tiempo y de las pruebas, y que por su solidez se hace digno de confianza; en oposición a lo pasajero que en su fugacidad se muestra engañoso. Esta concepción se nos aparece de manera plástica en la imagen que nos presenta a Dios como la roca firme, en quien el hombre puede apoyarse con toda confianza, con la seguridad de que no se verá defraudado ni avergonzado. Esto es, no hará el papel de necio ni de estúpido (Ps 30).

Ahora bien, permanecer es lo propio de Dios, el hombre es "como flor del campo, que hoy florece y mañana no existe" (cf. Ps 89). Si algo nos caracteriza es la propia inestabilidad que más allá de los afectos, expresa nuestra contingencia en el ser.

Sin embargo el hombre de fe ha de recorrer su vida y realizar su persona intentando por todos los medios asemejarse a Aquél de quien es imagen. Sean perfectos como es perfecto el Padre que está en el cielo (Mt 5,48). Evidentemente, tal superación de sí mismo no es asequible al hombre por sus solas fuerzas.

Sólo la gracia le ofrece salida de esta contradicción a la que por su propia vocación se ve reducido. Porque no hay nada imposible para Dios 1,37).

Pero, puesto que "gratia supponit naturam", esto es, no actúa en el aire, sino que se adecua a la estructura propia del ser humano, debemos hacer la siguiente pregunta: ¿existe alguna noción de disciplina en el Nuevo Testamento?

#### A) Discipulado

En principio debemos aclarar que la palabra castellana "disciplina" deriva de "discípulo" y no a la inversa.

Si bien en el N.T. no aparece el concepto de 'matheuma' con que se alude a un conjunto o sistema de normas disciplinares, es decir, a una disciplina concebida en sentido abstracto - más bien, se hablará de 'hodós', camino- sí es fundamental el concepto de 'mathetéis', discípulo.

El discipulado se va transformado progresivamente en una categoría de tal importancia que primero designa a los "doce", luego a los "setenta y dos", y, por último, con la mención de "los discípulos" sin más, se alude a los cristianos (He 6,1: 'hoi mathetai').

Lo primero que se exige de todo aquél que aspire a vincularse seriamente con Jesús es una fe tal que se exprese en la adhesión incondicional de la propia persona y de la propia vida; esto es el "seguimiento" (el verbo 'akoloutheo' que aparece innumerable cantidad de veces, significa a la vez, "seguir, acompañar, ser discípulo de").

Ser discípulo de Jesús equivale a estar dispuesto a seguirlo a dondequiera que Él vaya (Jn 13,36-37).

#### B) Perseverancia

De aquí que toda la moral o espiritualidad del N.T. encuentre su valor supremo y unitivo en la 'hipomene', vocablo que contiene en su idioma original una muy variada gama de matices, "mantenerse firme, resistir, perseverar, aguantar, sufrir, padecer, quedarse..."

Lo primero y último que exige Jesús es la perseverancia a toda costa en el seguimiento: ...se enfriará el amor de muchos, pero el que persevere hasta el fin se salvará (Mt 24,12b-13).

Este concepto central recorre los Sinópticos, las Cartas apostólicas y se constituye en el eje del Apocalipsis.

Es importante subrayar que este estado de perseverancia, este "estar en camino", puede coincidir con las pruebas más tremendas y los sufrimientos más atroces (en los casos más extremos de "noche oscura" puede llegar a la sensación de aniquilamiento, experiencia de nuestra radical contingencia, de nuestro origen a partir de la nada hacia la cual peligrosamente podríamos retornar a cada momento, en caso de separarnos de Dios), pruebas que son consideradas como el crisol en que se purifica nuestra fe (1Pe 1,6-8).

A pesar de las apariencias, estos momentos en que el hombre apenas si por un hilo se sostiene de la gracia, son los de mayor crecimiento y adhesión a Dios y a su misteriosa voluntad, siempre salvífica.

La perseverancia puede coexistir con una tribulación grave, como tan a menudo nos lo atestigua el N.T., sin por eso anular nuestro ser afectivo. Cabe comparar la afectividad con el mar, que poseyendo diversos grados de profundidad, puede a un tiempo estar revuelto y tormentoso en la superficie, mientras en la hondura se mantiene calmo.

Estos momentos demuestran hasta qué punto está clavada en nuestra afectividad más profunda el ancla de la fe en Jesús.

Aquí se manifiesta nítidamente la capacidad de resistencia (y no la de ataque) como el valor supremo de la fortaleza.

### C) Permanencia

El cuarto evangelio y las cartas de Juan concentran, a su vez, toda la actividad del discípulo en un punto, permanecer, 'menein' (verbo que tiene la misma raíz que el anterior 'hupomenein'). Esto se hace patente desde el primer encuentro de Jesús con ellos (Jn 1,38) quienes le preguntan "Maestro ¿dónde vives?, '¿pou meneis?'. Habitar y permanecer en griego se expresan con una misma palabra. De esta raíz deriva también 'moné', morada, de donde "las moradas eternas", que nos son prometidas en Jn 14.

En un mundo que valora y hasta sobrevalora el cambio, la idea de permanecer puede sonar estática, sin vida. Sin embargo no hay nada que nos exija de manera más absoluta, que convoque nuestras fuerzas más interiores, que nos apremie a una renovación continua de modo tan intenso como el llamado a permanecer vitalmente en una vocación, en un compromiso, en un ideal.

Esta exigencia se vuelve mayor en el mundo contemporáneo en que a cada momento la sociedad ofrece al hombre la posibilidad de cambiar de roles. Esto que por un lado significa un bien, en cuanto que permite un ejercicio continuo de la libertad, arrastra, por otro, una carga de angustia, el temor constante a la posibilidad de estar equivocándose.

No hay dinámica mayor que la exigida por la permanencia.

Mucho más fácil es vivir cambiando, es decir, trocando unas relaciones superficiales por otras igualmente superficiales, como hacen los niños que viven cambiando de "íntimo amigo" y con eso dejan entrever su afectividad todavía inmadura.

Aún con todo lo dicho, se mantiene una cierta tensión entre el "seguimiento" que más expresamente sugiere movilidad y la "permanencia", lo cual aparece hacia el final del

evangelio en la respuesta un tanto áspera de Jesús hacia Pedro, Jn 21,22: Si yo quiero que él permanezca hasta mi venida (el `discípulo amado'), ¿qué te importa? Tú sígueme.

Tensión que expresa la exigencia a la que se ve sometido el peregrino que vive de la esperanza de un bien del que aún no puede gozar plenamente y de manera definitiva y segura. Aquí se hace patente la dialéctica del "ya, pero todavía no", que por momentos despedaza al cristiano.

#### D) Consuelo

Con todo lo dicho hasta ahora pareciera que se le exige al cristiano un heroísmo prácticamente inhumano. Como dijimos más arriba permanecer es lo propio de Dios y expresa casi lo opuesto a lo que es el hombre por esencia.

Pero la gracia actúa no sólo para que el hombre siga adelante "apretando los dientes". Si creemos en un Dios bondadoso, nos es natural comprender que no se limita a exigir más y más al hombre, sino que a lo largo del camino lo acompaña con su aliento y su cariño: el Señor tu Dios te conducía como un padre conduce a su hijo, a lo largo de todo el camino que recorriste hasta llegar a este lugar (Dt 1,31b).

Es, pues, importante que hagamos alusión a un accionar específico de la gracia, del cual toma uno de sus nombres propios el Espíritu Santo; me refiero al "consuelo" y al "Consolador".

En vistas de su partida Jesús promete a sus discípulos que no los dejará huérfanos, que les enviará el Paráclito (Jn 15,26). `Parakletos', "el que está al lado, el que apoya, sostiene, da consuelo, el que es designado abogado defensor de otro". De la misma raíz, `paraklesis', "estímulo, ayuda, consuelo, súplica, ruego, salvación, liberación".

Esta promesa de Jesús resulta casi obligada si aceptamos por verdadero que sin el consuelo que da la esperanza toda resistencia es insoportable, toda fortaleza inhumana.

Pero sólo tenemos certeza de que la esperanza no quedará defraudada por el amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rm 5,5).

Este amor se derrama con mayor intensidad sobre aquellos que han sufrido intensamente. De hecho, el Segundo Isaías, denominado libro de la Consolación, que comienza con la exhortación: consolad, consolad a mi pueblo, dice el Señor (Is 40,1), se dirige a los que han padecido la tremenda experiencia del exilio.

Si el yo del niño despierta a partir del afecto que recibe del tú, podemos entender el consuelo como un sobre-afecto, que proveniente, en este caso, del Tú divino, reconstruye a la persona y la reintegra consigo misma.

Si dijimos antes que el valor supremo de la fortaleza era la resistencia, agregamos ahora que en sentido cristiano ésta supone el abandono por el cual el hombre se sabe protegido y amparado por un poder superior, con lo que expresa su condición de creatura y de hijo de Dios.

Es interesante que ahondemos en el texto de Pablo antes citado. Concluye de la manera que hemos visto luego de una hilación consecutiva de conceptos de tremendo peso religioso-existencial: Más aún, nos gloriamos de las mismas tribulaciones, porque la tribulación produce la perseverancia, la perseverancia la virtud probada (`dokimé', "con seguridad valiosa porque ha sido puesta a prueba"); la virtud probada la esperanza (Rm 5,3-4).

Esta esperanza se vuelve especialmente luminosa cuando sentimos que Dios nos "acaricia" el alma. Caricia que puede aparecer por los medios más diversos: oración, lectura de la Palabra, sacramentos, el afecto de un amigo, el contacto más sencillo con la naturaleza, el



arte; de manera singular, a través de la experiencia de la fertilidad del trabajo pastoral, del Reino de Dios que crece delante de nuestros ojos y del cual nos sentimos partícipes y colaboradores.

En el laico ocupa un lugar fundamental el consuelo que proporciona la vida de pareja y la familia en general, el desarrollo profesional, etc. Todos estos elementos que nunca habrían de ser descuidados o menospreciados.

San Pablo hace una síntesis maravillosa de esta doble realidad cuando en Rm 15,5 alude al Dios de la perseverancia y el consuelo.

Y, al comienzo de la 2a. Carta a los Corintios eleva una bendición donde entrelaza las nociones de consuelo con las de tribulación y perseverancia: Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos reconforta en todas nuestras tribulaciones, para que nosotros podamos dar a los que sufren el mismo consuelo que recibimos de Dios. Porque así como participamos abundantemente de los sufrimientos de Cristo, también por medio de Cristo abunda nuestro consuelo. Si sufrimos, es para consuelo y salvación de ustedes; si somos consolados, también es para consuelo de ustedes, y esto les permite soportar con perseverancia ('hipomene') los mismos sufrimientos que nosotros padecemos. Por eso, tenemos una esperanza bien fundada en ustedes, sabiendo que si comparten nuestras tribulaciones compartirán también nuestro consuelo (2Co 1,3-7).

Pablo lo afirma de manera explícita: es por el consuelo que podemos soportar la tribulación y perseverar.

#### E) Cuidado

Ahora bien, en este punto no debemos recaer en un excesivo simplismo. El camino es largo, produce desgastes, desilusiones, desengaños, fracasos y tantas otras adversidades que más de una vez conducen a situaciones críticas. Estas necesitan las más de las veces de procesos humanos y espirituales atendidos con seriedad. Para esto es necesario superar la ansiedad moderna que quiere soluciones rápidas para todo. Bien atendidos, estos procesos pueden constituirse en un camino que sane al espíritu y consolide la madurez afectiva de la personalidad, en vez de lesionarla o destruirla.

Jesús nos da muestras de un gran sentido pedagógico en su peregrinación compartida con los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35). En primer lugar deja que ellos expresen toda la amargura y resentimiento que han acumulado a través del camino, de las experiencias vividas. Sólo después, cuando ya han realizado una auténtica 'katarsis', cuando han sacado fuera la tristeza que por dentro los envenenaba, con palabras enérgicas les comunica un mensaje de esperanza, les ayuda a realizar una relectura de los mismos hechos acaecidos a la luz del accionar salvífico de Dios en la historia.

Este texto resalta la importancia de la presencia y compañía de Jesús para que los discípulos logran liberarse y recuperar su esperanza. En todo proceso de este tipo siempre es necesaria una contención humana tanto como el saberse contenidos por Dios, según aquello del Salmo: Recoge mis lágrimas en tu odre, Dios mío (Ps 55,9).

Un breve excursus sobre el valor de una adecuada 'katarsis', en griego "purificación", término que alude originalmente a la purificación física y que luego es trasladado al campo psicológico-espiritual. En medicina se dice que un bebé recién nacido ha realizado una buena katarsis cuando ha logrado una buena deposición, y esta es posible por un elemento específico que se contiene en la primera leche materna o calostro, la cual es irremplazable.

La naturaleza nos enseña desde los mismos orígenes la importancia de la higiene interior del ser humano que forma un todo integral, físico-psicológico-espiritual.

Estos procesos curativos se hacen tanto más necesarios para el crecimiento cuando el hombre es un ser delicado. Los que entienden de música saben perfectamente que cuanto más fino un instrumento, tanto más delicado. De ahí la trabajosa tarea de afinarlo una y otra vez, esto es de reordenarlo, para que sea capaz de dar la nota justa.

Esta ley es en grado sumo aplicable al hombre que por ser el más elevado de los seres creados es el más delicado de todos, con lo cual padece una continua tendencia al desequilibrio.

Por decirlo de otra manera, el equilibrio de la sensibilidad no es equiparable a la imagen de aquél que cómodamente camina por la planicie, sino a la de quien atraviesa con atención y esmero la cima de la montaña, sabiendo que a cada lado se halla el abismo.

Por todo lo dicho se hace patente que el equilibrio de nuestro ser afectivo requiere un cuidado constante.

Junto a todas las terapias que nos ofrece el mundo moderno, hemos de valorizar por sobre todo la acción del gran Terapeuta, el Paráclito, el Consolador que sana, purifica y reordena por dentro (Jn 14,15ss.).

Él, nuestro Abogado defensor, nos defiende ante todo de nosotros mismos, de nuestra tendencia interior al caos.

Debemos poner en juego toda nuestra fe para confiar en Dios que obra en nuestra interioridad. Al mismo Señor Jesús, que lleva una vida afectiva tan intensa, cargada de sentimientos hacia las gentes que lo rodean por todas partes (Mt 9,35-38), le resulta imprescindible buscar refugio en la soledad para reencontrarse con el Padre y consigo mismo (Mt 14,13).

#### F) Crecimiento

Si un Dios bondadoso permite estos procesos es evidente que lo hace para que podamos crecer.

La carta a los Hebreos dice en 12,7a: `eis paideían hupoménete' El libro del Pueblo de Dios traduce: "Si ustedes tienen que sufrir es para su corrección". Como toda traducción, si bien no es errónea no termina de satisfacerlos. Podríamos también traducir así: "Es para su educación que, aún sufriendo, perseveran".

Aunque incluya un matiz de corrección, a veces dolorosa, el concepto de pedagogía alude principalmente a su objetivo final, el aprendizaje.

A la conclusión a la que pretendo arribar es que lo grave en estos procesos no es tanto que tengamos que sufrir -lo que, por otra parte parece inevitable- sino que a través del dolor no aprendamos nada. Lo peor que puede suceder con el sufrimiento es que sea asimilado con la sensación de absoluta inutilidad.

Esta sensación nos deja un cierto resabio de resentimiento con la vida, una suerte de cuenta no saldada, y no nos ayuda a crecer.

De aquí que sea tan importante comprender que realizarnos en la perseverancia y permanencia no significa primariamente ser fieles a una ley que nos reclama por fuera. Se trata de ser fieles al Dios que nos habla en lo más profundo y genuino de nuestros propios afectos, se trata a la vez de ser fieles a los compromisos históricos que brotaron de esa vivencia interior.

La permanencia en el tiempo es la única prueba que puede demostrar la profundidad y verdad de un afecto. Ni nosotros mismos podemos saber hasta qué punto amamos. Tanto el

adolescente como el joven pueden ser rebasados por la excitación que desborda la sensibilidad en un momento determinado, pero no es propio del adulto engañarse tan fácilmente a sí mismo.

Nos vemos encerrados aquí en una aparente contradicción. Por una parte, como ya dijimos, sólo el tiempo puede dar el veredicto final acerca del alcance de nuestros afectos; por otra, el paso de los años nos trasmite la sensación de que es justamente el tiempo quien todo lo destruye.

Pero la fe nos libera al enseñarnos que el amor es capaz de vencerlo todo: El amor es eterno (1Co 12,8).

Perseverar fieles a Dios y a los compromisos afectivos realizados en Dios es, a un tiempo, realizarnos en la fidelidad a nosotros mismos, a nuestra verdad originaria. Esto es auténtico crecimiento.

### G) Oblación

La tragedia ha sido definida como "un contraste que no ofrece salida alguna". En el caso que analizamos, trágica sería la condición del hombre si no pudiera superar el contraste al que aludimos desde el comienzo entre disciplina y afectividad.

Llegados a este punto, debemos señalar que la única salida definitiva es la abierta por el Señor Jesús, quien al ofrendar su vida en la cruz no hace otra cosa que dar testimonio de un amor que ha llegado hasta el fin (Jn 13,1).

Maduramos afectivamente cuando comprendemos que nuestro ser sólo se realiza en la oblación de nosotros mismos al servicio de la misión que nos ha sido encomendada. De esta manera podemos aceptar la dialéctica consuelo-desconsuelo, en la que se debate la vida, con relativa calma, con mayor prescindencia de nosotros mismos; el que pierda su vida, la ganará (Mc 8,35).

Aquí se vincula estrechamente el sacrificio de la misa con nuestra vida cotidiana. Cuanto más desprendidos y entregados, tanto más coherentes somos con aquello que celebramos, tanto más íntima y existencial nuestra participación en el misterio.

Según su origen etimológico la palabra cordura viene a significar algo así como "piel curtida". El desafío que nos plantea el crecimiento, tanto humano como espiritual, es fortalecer la sensibilidad, sin anularla: mantenernos abiertos y comprometidos con la realidad, con toda la carga que esta trae consigo, sin perder el equilibrio interior.

Esto es posible cuando por obra de Dios aceptamos ser despojados de la propia existencia: Ninguno de nosotros vive para sí, ni tampoco muere para sí. Si vivimos, vivimos para el Señor, y si morimos, morimos para el Señor (Rm 14,7-8).

Y esta oblación no se opone a la libertad para la cual nos liberó Cristo (Ga 5,1), ya que esta no consiste en otra cosa que en hacerse esclavos unos de otros por amor (Ga 5,13b). Liberarse significa en este contexto desplegar por completo el propio potencial afectivo.

El cristianismo es optimista con respecto a la naturaleza humana (por lo menos, el catolicismo). Los canales que contienen y dan cauce a nuestra afectividad son los hábitos buenos o virtudes. Ahora bien, éstos son el fruto consumado de un largo y esforzado camino en que, al poder de la gracia, se aúnan la libertad y la disciplina.

Finalmente, sólo quien ha sido liberado plenamente por el Espíritu Santo puede dejar que sus afectos fluyan con entera espontaneidad, según aquello de S. Agustín: "Ama y haz lo que quieras". Quien ha logrado madurar por el arduo, largo y trabajoso sometimiento a la obra de la gracia, ahora sí puede amar como un niño (Cf. Mt 19,14; Mc 10,14-15; Lc 18,16-17).

## H) Corrupción

Cuando, por el contrario, el hombre abandona toda disciplina rectora, que lo oriente hacia los bienes superiores, que se caracterizan por ser los más arduos ('bonum arduum'), su organismo anímico-espiritual se corrompe.

En el N.T. se alude a este peligro existencial con el verbo 'fzeiro' -aparece a menudo en los pasajes escatológicos de Pablo y en el Apocalipsis- que contiene matices expresivos y diversos, se puede traducir por "corromper, seducir, destruir, arruinar".

Basta con remitirse a una sola cita de Pablo -y no para hacer una torpe referencia a la "tentación carnal"-, sino para describir al hombre que ha perdido toda tensión que lo impulse a seguir trabajando en el Espíritu, y, que, una vez bajados los brazos, es fácil presa de ambiciones mundanas: el que siembra en la carne recogerá sólo corrupción; el que siembra en el Espíritu, del Espíritu recogerá vida eterna (Ga 6,8).

El término castellano deriva del lat. 'corrumpere' y éste de 'rumpere', lo que nos indica que cuando esto acontece, algo se "rompe" dentro del hombre.

Normalmente no se llega a este estado de manera repentina, sino como término de un proceso. En primer lugar se cae en un cierto relativismo que renuncia a la firmeza con que sostenía las convicciones que servían de norte y guía a la propia existencia.

Puesto que es difícil mantenerse en la inercia -es decir, sin un dinamismo que nos conduzca hacia el bien- el movimiento mismo de la vida hace que del relativismo se pase al escepticismo. Escepticismo significa ya un sentimiento universal que niega por principio que exista una verdad o valor absolutos por los cuales valdría la pena sacrificarse.

Por último, el escepticismo fácilmente deviene cinismo, esto es, pasa de la renuncia a los valores en el pensar y sentir, a su abandono en el obrar: toda forma de actuar es indiferente, todo da lo mismo.

Es importante subrayar que este proceso decadente va acompañado de una profunda tristeza, devastadora de todo el organismo espiritual, por mucho que exteriormente pueda revestirse de una ruidosa apariencia de éxito.

En el fondo del alma, en lo profundo del inconsciente, el hombre que pierde su tendencia efectiva hacia el bien, vive al borde de la desesperación -sin norte y sin rumbo, como quien vaga por un desierto sin caminos (Jb 12,24)- puesto que ha perdido contacto con la fuente originaria del ser, la vida y la alegría.

## I) Conclusión

Con todo lo dicho se hace claro que no podemos lograr ser fieles "andando a la deriva". Forma parte de la estructura humana la necesidad de una cierta disciplina que dé cauce y continuidad a nuestros deseos y sentimientos genuinos.

Se me ocurre el río como una de las imágenes que mejor nos refleja la vida. De hecho, de él necesitan tanto vegetales como animales y el mismo hombre para vivir. Ahora bien, el río se constituye básicamente por dos elementos: el agua y el lecho. El agua expresa la vida, la espontaneidad, los afectos; el lecho, un límite bien preciso, una estructura, una ordenación articulada.

Si una disciplina aplicada extrínsecamente y por sí misma se asemeja a un lecho reseco, signo de muerte; la afectividad desordenada es comparable a un río desbordado, agua derramada, inundación, y, asimismo significa muerte.

La conclusión de estas reflexiones son en realidad el comienzo: ¿cuál habría de ser la disciplina que dé cauce, esto es, libere y a la vez contenga nuestra afectividad?

Se ha tratado de demostrar que dos cosas son evidentes:

1. A esta altura es imposible volver hacia atrás y pretender una disciplina que privilegie la represión o la negación de nuestro ser afectivo. Y no sólo que no es posible, tampoco sería saludable a nivel humano ni deseable a nivel evangélico. Semejante pretensión sólo es plausible en personalidades o círculos cerrados, ajenos a la realidad circundante, y que por lo general, ocultan estados enfermizos y profundos desequilibrios.

2. Nuestra afectividad no puede andar a la deriva, sin una disciplina que la contenga y acompañe en los distintos momentos de nuestro proceso de maduración. Ella necesita también ser "evangelizada". El desprecio de toda disciplina conlleva el riesgo de frustrar las mejores intenciones. Si nuestra generación no logra plasmar una disciplina propia, que genuinamente la exprese, es casi inevitable que se vea reducida a la mediocridad, sin dejar nada que perdure, nada que refleje auténtica originalidad y resulte de valor para las generaciones venideras.

Unas palabras para concluir. Es bastante claro que en las condiciones actuales el principal protagonista en la gestación de una cierta estructura ha de ser el propio interesado, asistido por quien mejor le parezca, o por aquél a quien se vea obligado por su condición.

Un orden de vida que ayude a disciplinar nuestra afectividad debiera integrar desde los aspectos más elevados como son vida espiritual, estudio, vida pastoral en sus más variadas expresiones, relación con la gente y con los amigos en especial, incluyendo las mujeres, hasta los más sencillos en apariencia, como son alimentación, descanso, esparcimiento, etc. (estos últimos, aunque de menor importancia, se han de tener en cuenta por estar nuestro organismo espiritual encarnado en un sistema nervioso concreto).

En la vida laical obviamente tiene prioridad todo lo referente a la relación pareja, vida matrimonial, realización laboral, etc.

Creo, por fin, que la pretendida síntesis entre afectividad y disciplina espiritual no es posible sino partiendo del amor al Señor Jesús crucificado y de su seguimiento, haciendo propios los sentimientos de Pablo: vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí (Ga 2,20b), de donde deriva casi como consecuencia natural: el mundo está crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo (Ga 6,14b).

Sería también de importancia la presencia de María, así como la relación cordial entre los hermanos.

Como dice S. Agustín: "En todas las cosas humanas, nada ofrece amistad al hombre, sin el amigo" (*Ita in quibuslibet rebus humanis nihil est homini amicum sine homine amico*. Carta 130 a Proba, cap.2).

## **EL PRESBITERO Y SUS VINCULOS EN LA FAMILIA DE DIOS (I)**

---

Pbro. Carlos María Galli - Buenos Aires

La Iglesia actual<sup>1</sup> se plantea, a partir de la identidad eclesial y sacramental del presbítero, cuestiones relativas a su itinerario formativo y a su estilo de vida<sup>2</sup>. ¿Cómo ser hoy presbíteros para la nueva evangelización<sup>3</sup> en la Argentina<sup>4</sup>? ¿De qué modo vivir y convivir, trabajar y colaborar con los otros miembros del Pueblo de Dios? ¿En qué horizonte de comprensión situar las múltiples facetas de nuestra vocación? ¿Cómo lograr una mayor unidad entre la vida, el ministerio y la espiritualidad? ¿Cuál debe ser el estilo de vida más adecuado a las exigencias actuales de nuestro ministerio pastoral?

Sin abordar tantas preguntas, cuyas respuestas precisan del intercambio entre todos y a cuyo servicio se ofrece esta publicación, deseo en este ensayo teológico-pastoral abordar un enfoque limitado pero sugestivo. Propongo una visión familiar del presbítero que intensifique los múltiples vínculos que nos unen a Dios y a los hombres promoviendo un estilo más familiar en la Iglesia. Someto al diálogo esta proposición: en la Familia de Dios los pastores somos hijos, hermanos, esposos y padres. Lo desarrollaré siguiendo este esquema: 1) el evangelio de la familia; 2) la familia de Dios; 3) visión familiar del presbítero; 4) los sacerdotes como hijos; 5) hermanos; 6) esposos; 7) padres. Esta primera parte presenta los tres primeros puntos, generales, abriendo el camino a las categorías familiares más concretas que exploraré, con la ayuda de Dios, en los artículos de los próximos números.

### **1. EL EVANGELIO DE LA FAMILIA**

La Iglesia anuncia su visión de la vida y del amor matrimonial y familiar con la expresión el Evangelio de la Familia (DP 596; FC 3; SD 210; CF 23). Esta frase tiene un sentido pastoral (a) y teológico (b) que abre a una visión familiar del misterio cristiano.

#### **a. LA BUENA NUEVA DE LA FAMILIA**

Puebla tuvo el mérito de usar por primera vez esa expresión: "son agentes de esta pastoral (familiar) quienes se comprometen a vivir el Evangelio de la familia y promueven pequeñas o amplias comunidades eclesiales familiares" (DP 596). En la acción pastoral la familia no es sólo destinataria, como comunidad humana, ni sólo agente, como iglesia doméstica, sino que es también, en su misterio, contenido del mensaje evangélico a vivir y comunicar. Por eso debemos compartir con alegría esa buena nueva que es la familia (FC 86, CF 23).

Esta expresión muestra la centralidad de la familia en el Evangelio y la evangelización. Jesucristo, Buena Noticia de Dios para la salvación del hombre (Mc 1,1), contiene una novedad en la comprensión del misterio del hombre. Juan Pablo II presenta los distintos contenidos de la visión del hombre a la luz de Cristo (GS 22, RH 10) como la expresión resumida del Evangelio. Habla del Evangelio del hombre, de la familia, del trabajo, del sufrimiento, del amor, de la vida. El Evangelio de la familia significa que "es el Evangelio del amor la fuente inagotable de todo lo que nutre a la familia como comunión de personas" (CF 16). Un uso similar sucede con el término camino<sup>5</sup>: la familia es el camino de la Iglesia (CF 2) como lo es el hombre (RH 14) y su trabajo (LE 4).

El Evangelio es la alegre noticia de que Dios, que es Familia, invita al hombre a ser familia (FC 3). En un mundo en el que el hombre y la familia sufren distintas heridas la Iglesia les propone el feliz anuncio del amor y de la vida en familia, con el realismo de la esperanza cristiana. La nueva evangelización (NE) debe proclamar la buena noticia familiar ante los

nuevos desafíos del tercer milenio que adviene. "La Iglesia anuncia con alegría y convicción la Buena Nueva sobre la familia en la cual se fragua el futuro de la humanidad y se concreta la frontera decisiva de la Nueva Evangelización" (SD 210). Las familias deben ser artífices de la civilización del amor y la cultura de la vida sabiendo que "en la Iglesia y en la sociedad ha llegado la hora de la familia, que está llamada a desempeñar un papel de protagonista en la tarea de la nueva evangelización"<sup>6</sup>.

Pero esa frase no dice sólo que la familia está en el corazón de la Buena Nueva sino que el Evangelio contiene una cosmovisión familiar de la realidad que une a Dios, al hombre y al mundo. Dios es Familia, nos crea para vivir en familia, nos recrea en Cristo introduciéndonos en su familia y nos invita a convivir familiarmente en toda comunidad.

#### b. VISION FAMILIAR DEL CRISTIANISMO

Esta visión familiar del misterio cristiano ha sido un aporte original de Puebla antes de la Familiaris consortio. El DP mostró que la vocación familiar del hombre se realiza diversamente, ofreció modelos familiares que encarnan los valores de comunión y participación, y marcó las conexiones entre la Trinidad, la Iglesia, la familia, la sociedad y la humanidad. Esta cosmovisión familiar articula a las familias trinitaria, eclesial, doméstica, social y universal en el horizonte de la civilización del amor<sup>7</sup>. Como "la esencia de la familia es el amor" (HP 2) hay un nexo intrínseco entre la familia y la civilización del amor, a punto tal que la familia es el centro y el corazón de la civilización del amor (CF 13)<sup>8</sup>.

Dios es familia.

La Santísima Trinidad es la familia divina, originaria, ejemplar. El nosotros trinitario indica la comunión de amor y de vida entre las Personas divinas, modelo de comunicación e intercambio. "Se ha dicho, en forma bella y profunda, que nuestro Dios en su misterio más íntimo no es una soledad sino una familia, puesto que lleva en sí mismo paternidad, filiación y la esencia de la familia que es el amor. Este amor, en la Familia divina, es el Espíritu Santo" (HP 2).

Dios nos hace familia.

Al crear al hombre, varón y mujer, a su imagen y semejanza, le llama a la comunión familiar (FC 11). La Trinidad es la causa eficiente, ejemplar y final de toda comunidad, también de la familia social (DP 215, 218, 1308). En especial lo es de la familia doméstica, que ha de verse desde la familia trinitaria, origen, modelo y fin de toda familiaridad en el cielo y en la tierra (Ef 3,15)<sup>9</sup>.

Dios nos hace miembros de su familia.

La economía del misterio de la salvación (CATIC 236, 1066) manifiesta y realiza la voluntad del Padre que, por su Hijo y en el Espíritu, quiere convertir a los hombres en su Familia (DP 243). Cristo nos revela el misterio del Padre, principio de la Familia divina, y la vocación del hombre a la comunión familiar, dándonos su Espíritu para hacernos hijos y hermanos y llevarnos a participar de la misma comunión trinitaria (DP 212).

Dios quiere la unidad de la familia humana.

El plan divino es que "todos los hombres constituyan una sola familia y se traten entre sí con espíritu de hermanos" (GS 24a). La Iglesia anuncia esta Buena Noticia respondiendo a las inquietudes de los hombres y los pueblos.<sup>10</sup>

La familia familiariza con Dios y los hombres según el modelo de la Sagrada Familia, camino de convivencia de Dios con los hombres y de los hombres con Dios. Así nos introduce<sup>11</sup> en grandes familias: "En el matrimonio y la familia se constituye un conjunto de relaciones interpersonales -relación conyugal, paternidad-maternidad, filiación, fraternidad- mediante las cuales toda persona humana queda introducida en la familia humana y en la familia de Dios que es la Iglesia" (FC 15)

## 2. LA FAMILIA DE DIOS

Vemos a la Iglesia como familia "desde arriba", a partir de la Trinidad (a) y "desde abajo", en analogía con la familia (b). El Pueblo de Dios vive la comunión como Familia de Dios en el mundo (c).

### a. LA IGLESIA COMO FAMILIA DE DIOS

En el AT Dios, por la elección y la alianza, se presenta como "padre del pueblo" y el pueblo como "hijo de Dios" (Ex 4,23; Dt 32,6). La paternidad de Dios hacia Israel incluye su providencia, intimidad y ternura (Os 11,1.5; Dt 1,31) hasta el punto que se vuelve maternidad (Is 66,12-13; Sal 131,2), al reflejar el amor de Dios a su Pueblo con los rasgos familiares del amor del padre y de la madre (Sal 27,10).

En el NT Dios, conocido sólo por su Hijo (Mt 11,26) y llamado por Él Abba (Mc 14,36), se nos revela como Padre a través del mismo Hijo (Jn 1,18) que viene en la carne (Jn 1,14) y nos da su Espíritu de filiación, nos introduce en la intimidad familiar de Dios y nos hace capaces de llamarlo Abba (Gal 4,5-6)<sup>12</sup>. Los hijos de Dios nacen "de arriba" (Jn 3,3), no de carne ni de sangre (Jn 1,13) sino que son "engendrados" por Dios gracias a la fe en Cristo (Gal 3,26) ya en la historia, penetrada de una dinámica escatológica: "ahora somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que seremos" (1 Jn 3,2).

Los hijos de Dios somos familiares de Dios y de Cristo<sup>13</sup>, incluso los cristianos venidos del paganismo, antes extranjeros, ahora somos "conciudadanos de los santos y familiares (oikeíoi) de Dios" (Ef 2,19). La Iglesia es la familia de Dios en Cristo. "Porque la Iglesia no es el lugar donde los hombres se 'sienten' sino donde se 'hacen' -real, profunda, ontológicamente- 'Familia de Dios'. Se convierten verdaderamente en hijos del Padre en Jesucristo (1 Jn 3,1), quien les participa su vida por el poder del Espíritu, mediante el Bautismo. Esta gracia de la filiación divina es el gran tesoro que la Iglesia debe ofrecer a los hombres de nuestro continente" (DP 240).

El Concilio, al mencionar las imágenes de la edificación, recoge ese sentido bíblico: "Esta edificación recibe diversos nombres: casa de Dios... en la que habita su familia; habitación de Dios en el Espíritu" (LG 6d). La familia de Dios habita en la casa de Dios. El Concilio emplea las frases "familia de Dios" y "familia de Cristo" con sentido eclesiológico (LG 32; LG 51; PO 6), si bien a veces les da un sentido escatológico<sup>14</sup>. Ambos significados se unen no sólo porque la Iglesia tiene una índole escatológica y la escatología una dimensión eclesial sino también porque su misión es reunir a los hombres y pueblos para alcanzar la unidad de la humanidad como Familia de Dios: "hasta que todas las familias de los pueblos... lleguen a reunirse felizmente, en paz y concordia, en un solo Pueblo de Dios, para gloria de la Santísima e indivisible Trinidad" (LG 69; GS 92, CATIC 753-757).

### b. LA IGLESIA COMO CASA DE DIOS



La relación casa-familia lleva a ver a la Iglesia como Casa de Dios. La casa es tanto el lugar donde Dios mora<sup>15</sup> como la comunidad unida a Dios en Cristo como su familia<sup>16</sup>. Desde su origen la naturaleza de la Iglesia es familiar y casera. "Cristo quiso nacer y crecer en el seno de la Sagrada Familia de José y de María. La Iglesia no es otra cosa que la familia de Dios. Desde sus orígenes, el núcleo de la Iglesia estaba a menudo constituido por los que, con toda su casa, habían llegado a ser creyentes (Hch 18,8). Cuando se convertían deseaban también que se salvase toda su casa (Hch 16,31; 11,14)" (CATIC 1655).

Nuestro pueblo, que guarda tanto los valores del parentesco y la familiaridad (DP 238-240; MD III, 12), "llama espontáneamente al templo Casa de Dios porque intuye que allí se congrega la Iglesia como Familia de Dios" (DP 238). Por eso la NE debe fomentar una fe cada vez más personal y una Iglesia cada vez más comunitaria respondiendo a esta sensibilidad y fortaleciendo los lazos familiares, sobre todo cuando algunos nuevos movimientos religiosos atraen ofreciendo un ámbito de calidez y pertenencia. Cada parroquia ha de ser una comunidad familiar porque, como su nombre lo indica, es la misma Iglesia que vive entre las casas (pará-oikía) de sus hijos e hijas (ChL 26).

La Iglesia es familia no solamente porque es la comunidad en la que los hombres se vuelven familiares del Dios uno y trino sino también porque ella realiza, con una analogía de proporcionalidad, los vínculos humanos y familiares básicos de esponsalidad, paternidad y maternidad, filiación, fraternidad. "Cuatro relaciones fundamentales de la persona encuentran su pleno desarrollo en la vida de la familia: paternidad, filiación, hermandad, nupcialidad. Estas mismas relaciones componen la vida de la Iglesia: experiencia de Dios como Padre, experiencia de Cristo como hermano, experiencia de hijos en, con y por Cristo, experiencia de Cristo como esposo de la Iglesia" (DP 583).

La familia es una *communio personarum*, una comunión de personas unidas en el amor (FC 18-27; CF 6, 10). Como comunidad familiar la Iglesia es la comunión de las personas humanas con las Personas divinas, cuya cohesión proviene de "la misma vitalidad de su comunión en la fe y en el amor" (DP 246). Esa comunión debe ser familiar y cordial. Por eso uno de los grandes retos actuales es promover una pertenencia y una convivencia cordiales en el Pueblo de Dios (LPNE 30). Una Iglesia familiar es una Iglesia cordial<sup>17</sup>, que todos sienten como su propio hogar, porque la Casa de Dios es la Casa del Pueblo de Dios.

### c. UN PUEBLO-FAMILIA

La Iglesia es un Pueblo-Familia, como lo veía el DP con el símbolo de la peregrinación: es "la Familia de Dios, concebida como Pueblo de Dios, peregrino a través de la historia, que avanza hacia su Señor" (DP 232). Es un gran pueblo con rasgos históricos, públicos y multitudinarios, y también una pequeña familia con notas afectivas, íntimas y comunitarias. Tal bipolaridad, con sus valores teológicos y sus consecuencias pastorales, reconoce al gran pueblo ante el peligro de pequeños restos con aires elitistas o sectarios y promueve a la vez la comunidad familiar ante el peligro de grandes multitudes con características masivas y anónimas. Así asocia la universalidad extensiva del Pueblo y la vinculación intensiva de la Familia. Porque la Iglesia es "Pueblo universal... 'luz de las naciones'" (DP 237) y "hogar donde cada hijo y hermano es también señor" (DP 242)<sup>18</sup>.

La Iglesia es el Pueblo del Padre que envía al Hijo y al Espíritu para hacer de la humanidad su Familia, la comunión trinitaria del Pueblo y Familia de Dios (DP 217). Esta interpenetración muestra que la vivencia familiar tiene el respaldo histórico y universal del gran Pueblo y que el sentido de pertenencia a la Iglesia extendida en el espacio y el tiempo

se concreta en la experiencia inmediata de la comunidad familiar. El Pueblo es una Familia y la Familia es un Pueblo.

La familiaridad eclesial nos invita a vivir valores afectivos y efectivos del amor familiar como la cercanía, la confianza, el diálogo, el servicio, la solidaridad, la unidad. Al hablar del laicado el Concilio promovió un intercambio familiar (LG 37d) entre todos los miembros del Pueblo de Dios. Nuestra Iglesia en la Argentina precisa ese estilo de vida más familiar, conforme a la gracia filial y fraterna (ST II-II, 14, 2, ad 4um), signo e instrumento de una Patria de hermanos. "Cada comunidad eclesial debería esforzarse por constituir para el Continente un ejemplo del modo de convivencia donde logren aunarse la libertad y la solidaridad... Y sobre todo donde inequívocamente se manifieste que, sin una radical comunión con Dios en Jesucristo, cualquier otra forma de comunión puramente humana resulta a la postre incapaz de sustentarse y termina fatalmente volviéndose contra el mismo hombre" (DP 273). Para servir a esa comunión familiar en la Iglesia y en la sociedad somos llamados, consagrados y enviados.

### 3. VISION FAMILIAR DEL PRESBITERO

Proyectar la visión familiar de la fe y de la Iglesia al presbítero incluye comprender su identidad de forma relacional (a), plantear sus múltiples vínculos con categorías familiares (b), y enriquecer su caridad pastoral con las dimensiones del amor familiar (c).

#### a. IDENTIDAD RELACIONAL

Nuestra identidad es un misterio que hunde sus raíces en el misterio de Cristo y de la Iglesia. El Magisterio reciente ha hecho importantes aportes a la descripción teológica de la identidad sacerdotal<sup>19</sup>. Ya el Concilio nos situaba en una haz de relaciones con Dios y el hombre, con Cristo y la Iglesia (PO 23). Juan Pablo II acentúa esa perspectiva al decir que existe "un aspecto esencialmente relacional de la identidad del presbítero" (PDV 12c). Como todo hombre y todo cristiano él realiza su existencia en un entramado de vínculos, sin los que es imposible comprender su ser y obrar: "no se puede definir la naturaleza y la misión del sacerdocio ministerial si no es bajo este multiforme y rico conjunto de relaciones que brotan de la Santísima Trinidad y se prolongan en la comunión de la Iglesia" (PDV 12d).

Por eso algunos documentos y autores organizan el cuadro de relaciones que nos constituyen distinguiendo tres grandes dimensiones: 1) cristológica-espiritual, que arraiga nuestro ser en el misterio de Cristo Cabeza y Pastor; 2) eclesiológica-pastoral: que nos sitúa en la Iglesia y al frente de la Iglesia por el ministerio pastoral; 3) antropológica-humana, que considera nuestra humanidad y nuestra relación a los hombres para dar lo más divino del modo más humano.

La primacía corresponde a nuestra comunión con el corazón sacerdotal de Jesús según "la ligazón ontológica específica que une al sacerdote a Cristo, Sumo Sacerdote y Buen Pastor" (PDV 11c). La unión con El nos ayuda a ser "transparencia, imagen viva y ministro de Jesús, Buen Pastor" (PDV 72i). El orden sagrado nos configura personalmente a ser "representación sacramental de Jesucristo Cabeza y Pastor" (PDV 15d). La exhortación vincula el título de Cabeza a Siervo (PDV 21c, citando Mt 10,45; Flp 2,7-8) y el de Pastor a Esposo (PDV 22c, citando Jn 2,11; Ef 5,23-27). Jesús es el Buen Pastor que entrega su vida como Cordero inmolado (Jn 10,1-18) y el Servidor sufriente exaltado como único Señor (Flp 2,5-11). Hacemos presente a Jesús en su condición capital y en su misión pastoral con un amor servicial y esponsal.

El presbítero es un hombre de Iglesia (PDV 16-18) que sirve a la unidad de la familia de Dios en el nombre de Cristo. "Los presbíteros, que ejercen el oficio de Cristo, Cabeza y Pastor, según su parte de autoridad, reúnen en nombre del obispo la familia de Dios, como una fraternidad de una sola alma, y por Cristo, en el Espíritu, lo conducen a Dios Padre" (PO 6a). Por nuestra misión podemos entender y vivir las relaciones que nos ligan a Dios y al hombre con términos familiares. Al elaborar nuestros vínculos desde su fundamento eclesiológico se captará más nuestra vocación en el Pueblo-Familia de Dios.

#### b. FAMILIARIDAD ECLESIAL

Los presbíteros somos hijos que vivimos del amor paternal de Dios y del amor maternal de la Iglesia expresados de varios modos; hermanos de todos por la común dignidad bautismal y hermanos entre nosotros por una íntima fraternidad sacramental; esposos o "amigos del Esposo" por la caridad pastoral y célibe nos que consagra a la comunidad eclesial esponsal y familiarmente; padres que expresamos sacramentalmente la paternidad de Dios en una sociedad con crisis de paternidad y reacción contra el paternalismo. Somos hombres de Iglesia que realizan en su existencia el misterio familiar del Pueblo de Dios constituido por las relaciones de paternidad, filiación, fraternidad y esponsalidad.

La calidad de esta comunión familiar sostiene nuestro ministerio. El yo del presbítero, eco sacramental del misterioso y único Yo de Jesús, se afirma en el Tú del Padre y en el nosotros de los hermanos que forman la Familia eclesial. Destaco esta verdad cuando un rasgo acentuado en las nuevas generaciones es la fragilidad. El Card. Martini, predicando a sacerdotes jóvenes, dice que "es un lugar común de los años ochenta el repetir que la generación actual es diferente de la de los años sesenta y comienzos del setenta... Evidentemente no somos tan diferentes de lo que éramos en el pasado, pero el fenómeno de la fragilidad hoy es demasiado generalizado, al menos en Occidente"<sup>20</sup>.

Hay un nexo entre el individualismo y la vulnerabilidad. Cierta postmodernidad honra al culto del bienestar individual y exalta al homo sentimental en el que el nuevo "siento, luego existo" postmoderno reemplaza al viejo "pienso, luego existo" moderno<sup>21</sup>. El nuevo Narciso, enamorado del propio yo, sin certezas metafísicas ni ideales utópicos ni valores fundantes ni proyectos históricos ni relatos colectivos, se refugia en el hedonismo del goce pasajero en una cultura light. Ese individuo fragmentado, con convicciones débiles, en situación provisoria y sin vínculos profundos, salta de un compromiso a otro como el zapping televisivo y pone en la independencia afectiva su gran valor. Esa concepción de la libertad hace más frágil, hunde en la soledad y precipita en la depresión y en la melancolía<sup>22</sup>.

También en la vida sacerdotal sucede que cuanto más sólo queda el "yo" del sujeto tanto más vulnerable se vuelve, al privarse del respaldo trascendente del "Tú" divino y del apoyo comunitario del "nosotros" eclesial. Nuestra familiaridad requiere una fe que lleva a la entrega confiada a la Providencia del Padre y a la convivencia fraterna en el hogar eclesial. Si cada familia es un cierto "nosotros" (CF 10e) la Iglesia es el nosotros en la fe (CATIC 166-169, 185) en el que cada hijo y hermano sostiene y es sostenido por la familia creyente. Comprender y realizar nuestros vínculos en clave de parentesco nos beneficia además porque las categorías familiares son simultáneamente humanas y divinas, afectivas y espirituales, naturales y sobrenaturales, seculares y teologales. Favorecen la integración de las distintas dimensiones del cristiano, hijo y hermano, con enfoque integral. Y ayudan a componer los distintos aspectos de nuestra vida y ministerio. El término "integral" indica que la formación sacerdotal, inicial (PDV 43-59) y permanente (PDV 71-72), tendrá en

cuenta todos sus componentes: humano, espiritual, intelectual y pastoral. Las categorías de la familiaridad ayudan a integrar algunas dimensiones -humana, espiritual, pastoral- en favor de la mayor unidad de vida.

Según lo dicho más arriba acerca de la función "introdutoria" de la familia, no desvinculo nuestra pertenencia a la Familia de Dios de nuestra peculiar experiencia hogareña y incorporaré al tratar nuestros vínculos eclesiales la mirada a nuestras pequeñas familias. Sobre este tema, que por su importancia merecería un tratamiento específico y al que volveré más adelante, planteo ahora lo fundamental.

Los curas vivimos entre dos familias, cuyos sufrimientos y alegrías compartimos, y cuyos reclamos tratamos de satisfacer. Por Jesús pertenecemos a la comunidad de sus discípulos y formamos una nueva familia no por un parentesco natural sino por la adhesión libre a la Voluntad del Padre. Escuchar y cumplir su Palabra nos hace hermanos y hermanas, familiares de Jesús (Mc 3,31-35; Mt 12,46-50; Lc 8,19-21). Pero estos nuevos vínculos eclesiales no sustituyen nuestras raíces familiares. A diferencia de lo que suele suceder con los que ingresan a la vida religiosa nosotros, por la incardinación en nuestra iglesia particular, permanecemos normalmente cerca de nuestras familias. El clero diocesano, sin una familia religiosa, asume su realidad familiar con una intensidad peculiar. Ella marca y condiciona íntimamente muchos aspectos, desde los afectivos a los económicos. Puede suceder que la familia contenga al presbítero en muchos sentidos, o bien que sea él quien deba apoyarla afectiva y económicamente. La familia es, a la vez, una alegría que nos descansa y una cruz que nos carga.

Cuesta integrar ambas familias en una sociedad que sufre la crisis de los vínculos en la inestabilidad del matrimonio y la fragmentación de la familia. El matrimonio y la familia sufren el cuestionamiento de adentro por la ruptura de la unidad estable entre el esposo y la esposa; de afuera por la crisis de la identidad masculina y femenina; de adelante por la separación del amor y el sexo del matrimonio; de atrás por la separación del amor, el sexo y el matrimonio de la vida<sup>23</sup>. La crisis impacta sobre todo en los sacerdotes jóvenes cuando una familia desarmada deja carencias afectivas e inmadurez psicológica. Las consecuencias afectan la formación de la personalidad en muchos aspectos, desde una mayor fragilidad a un mayor deseo de libertad, desde una dificultad para mantener vínculos hasta una personalidad más crítica e incluso escéptica. Hay que encauzar los aspectos negativos y positivos para la formación de la personalidad sacerdotal.

### c. CARIDAD FAMILIAR

Nuestra misión es "comunicar la caridad de Cristo Buen Pastor" (PDV 57a). Por eso lo principal de la formación pastoral es cultivar "aquellas actitudes y comportamientos que son propios de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia y que se compendian en su caridad pastoral" (PDV 21b). La caridad pastoral<sup>24</sup> es el alma de nuestra formación permanente (PDV 70l) y la clave de nuestra unidad interior (PDV 72i).

Ella es la concreta realización de nuestra vocación al amor porque "el hombre no puede vivir sin amor" (RH 9). "Dios es Amor" (1 Jn 4,8) y nos invita a amarlo como Padre y amar a los hermanos como El nos ama como hijos. Los presbíteros, como todos, estamos llamados a amar y ser amados. Si en nuestra relación con Dios sabemos que somos amados más de lo que le amamos, en nuestra relación con los hombres queremos más amar que ser amados, sabiendo que "dando se recibe".

Informados por la caridad que el Espíritu derrama en el corazón, cada uno está llamado a hacer de sí una ofrenda de amor. Si bien puedo y debo "dar señales o muestras de amor"

(ST II-II, 25, 9) lo esencial de la caridad es el mismo don de sí. Para Tomás "el amor tiene razón de primer don y por el se dona todo otro don gratuito" (ST I, 38, 2). El don es una donación gratuita (ST I, 38, 2), una expresión gratis del don anterior y superior del amor, "don en sus dones espléndido". De las tres acepciones de la palabra "gracia" (amor, don, gratitud) "la segunda depende de la primera, pues del amor, por el cual a uno le es grata otra persona, depende que le de algo gratis" (ST I-II, 110, 1).

Este don o "aptitud para darse" (ST I, 38, 1, ad 4um) se percibe mejor desde el don del Amor de Dios. Cada hombre, amado por sí mismo al ser pensado con sabiduría, querido con bondad y creado con poder por Dios, debe amar entregándose a sí mismo ya que, siendo la "única creatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás" (GS 24c). Recibir el propio ser como un don del amor de Dios nos lleva a darlo como un don a los demás: sólo el ser que se sabe "dado" puede convertirse en un ser que se "da", sólo aquel que es un don de Otro puede hacerse un don para el Otro y los otros<sup>25</sup>. Porque el ser y la bondad nos han sido donadas por amor nos poseemos y podemos disponer libremente de nosotros mismos para donarnos con amor.

La caridad pastoral es la donación total de sí, "no es sólo aquello que hacemos sino la donación de nosotros mismos" (PDV 23b). Nuestra entrega a Dios y a los demás brota del primer don del amor pastoral que debemos vivir con las riquezas del amor humano representadas en las categorías familiares. Es un amor filial, fraternal, esponsal y paternal. Profundizar los fundamentos, significados y consecuencias que tienen nuestros distintos vínculos expresados con los términos hijos, hermanos, esposos y padres es la tarea que nos queda pendiente y que seguiremos en las dos partes restantes.

(Continuará)

## NOTAS

<sup>1</sup> Las siglas que usamos son: LG (Lumen Gentium); GS (Gaudium et Spes); PO (Presbyterorum ordinis); MD (Medellín); EN (Evangelii Nuntiandi); RH (Redemptor Hominis); DP (Documento de Puebla); HP (Homilía de Juan Pablo II en Puebla); FC (Familiaris Consortio); LE (Laborem Exercens); ChL (Christifideles Laici); LPNE (Líneas pastorales para la nueva evangelización); PDV (Pastores dabo vobis); SD (Santo Domingo); CATIC (Catecismo de la Iglesia Católica); CF (Carta del Papa a las familias); ST (Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino); NE (Nueva evangelización).

<sup>2</sup> PDV 3e: "En estos últimos años y desde varias partes se ha insistido en la necesidad de volver sobre el tema del sacerdocio, afrontándolo desde un punto de vista relativamente nuevo y más adecuado a las presentes circunstancias eclesiales y culturales. La atención ha sido puesta no tanto en el problema de la identidad del sacerdote cuanto en problemas relacionados con el itinerario formativo para el sacerdocio y con el estilo de vida de los sacerdotes".

<sup>3</sup> Los nuevos tiempos requieren nuevos evangelizadores, laicos (ChL 3) y presbíteros (PDV 2), con nuevas actitudes (LPNE 33); "la formación permanente es una exigencia intrínseca del don y del ministerio sacramental recibido, que es necesaria en todo tiempo, pero hoy lo es particularmente urgente, no sólo por los rápidos cambios de las condiciones sociales y culturales de los hombres y los pueblos, en los que se desarrolla el ministerio presbiteral, sino también por aquella nueva evangelización que es la tarea esencial e improrrogable de la Iglesia en este final del segundo milenio" (PDV 70).

<sup>4</sup> El Plan para los seminarios de la República Argentina, con el título "Presbíteros para una nueva evangelización en Argentina", propone algunos rasgos para la formación del sacerdote en la presente hora evangelizadora (Conferencia Episcopal Argentina La formación para el sacerdocio ministerial, Oficina del Libro, Buenos Aires, 1994, 21-24).

<sup>5</sup> C. Galli Jesucristo: revelador del amor de Dios y de la dignidad del hombre, Nexo 16 (1988) 16-24.

<sup>6</sup> Juan Pablo II Discurso durante el encuentro mundial con la familias, L' Observatore Romano del 14/10/1994, 16.

<sup>7</sup> Los principales textos del DP acerca del tema son: 1) la familia trinitaria (182-184, 197, 211-219, 273, 563, 582-583, 753); 2) la familia eclesial (217, 230, 232, 238-249, 272-273, 284-285, 295, 583, 765); 3) la familia doméstica (239-240, 570, 582-589, 590, 596, 601-602, 639); 4) la familia social (215, 218, 232-235, 267, 274, 587, 602, 657, 1220, 1247, 1293, 1308); 5) la familia universal (642, 1188, 1192, 1206, 1239, 1255, y Mensaje 8).

<sup>8</sup> La CF 13-17 liga los temas de la familia, la comunidad humana y la civilización del amor. La familia es el corazón de la civilización o de la cultura del amor (CF 13): "Sí, la civilización del amor es posible, no es una utopía" (CF 15).

<sup>9</sup> "Dios quiere que normalmente la vida surja cuando hay tres personas: esta trinidad humana de padre, madre e hijo fue creada desde un comienzo como una especie de sacramento natural de Dios-Familia" (Equipo de reflexión teológico-pastoral del CELAM La familia a la luz de Puebla, Claretiana, Buenos Aires, 1980, 28).

<sup>10</sup> La familia cristiana fundada sobre el sacramento del matrimonio es signo de la sponsalidad de Cristo y de la familiaridad de Dios. "La familia cristiana es una comunión de personas, reflejo e imagen de la comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo".(CATIC 2205)

<sup>11</sup> FC 11b: "Dentro de la familia la persona humana no sólo es engendrada y progresivamente introducida, mediante la educación, en la comunidad humana, sino que mediante la regeneración por el bautismo y la educación en la fe, es introducida también en la familia de Dios".

<sup>12</sup> J. Jeremías Teología del Nuevo Testamento, Sígueme, Salamanca, 1974, 218-232; id. Abba, El mensaje central del Nuevo Testamento, Sígueme, Salamanca, 1981, 17-89.

<sup>13</sup> Mt. 10, 25 llama a los discípulos familiares o domésticos (oikiakoi) de Cristo, como siendo de su casa. Esto proviene de que el término "casa", tanto en hebreo como en griego, puede ser traducido como "morada" y como "familia".

<sup>14</sup> R. Muñoz Sobre el capítulo eclesiológico de las conclusiones de Puebla, Puebla 3 (1979), 143-151; cf. 146 n. 6.

<sup>15</sup> Como un templo (1 Cor. 3, 16-17; 2 Cor. 6, 16; Ef. 2, 21) o como una tienda (Ap. 21, 3).

<sup>16</sup> La Iglesia es la "casa de Cristo" (Hb. 3, 6; 1 Cor. 3, 17) y la "casa de Dios" (Hb. 3, 6; Hb. 10, 21; 1 Tim. 3, 15; 1 Pe. 4, 17).

<sup>17</sup> Editorial Por una Iglesia cordial, Criterio, 2139 (1994) 431-434.

<sup>18</sup> C. Galli La encarnación del Pueblo de Dios en la Iglesia y en la eclesiología latinoamericanas Sedoi 125 (1994) 42-50.

<sup>19</sup> Una expresión resumida y actual en el sencillo libro de J. Esquerda Biffet Signos del Buen Pastor, Espiritualidad y Misión sacerdotal, Colección de textos básicos para seminarios latinoamericanos, CELAM-DEVYM, Bogotá, 1991.

<sup>20</sup> C. Martini Algunos años después, Reflexiones sobre el ministerio presbiteral, Paulinas, Bogotá, 1990, 34-35.

<sup>21</sup> L. González-Carvajal Ideas y creencias del hombre actual, Sal Terrae, Santander, 1991, 151-190.

<sup>22</sup> "Cruzando sólo el desierto, transportándose a sí mismo sin ningún apoyo trascendente, el hombre actual se caracteriza por la vulnerabilidad frente a los estados depresivos. Suelen ser trastornos de carácter caracterizados por un malestar difuso que lo invade todo, un sentimiento de vacío interior y de absurdidad de la vida, una incapacidad para sentir las cosas y los seres. La era narcicista es más suicidógena aún que la era autoritaria... (porque) compone un tipo de personalidad cada vez más incapaz de afrontar la prueba de lo real" (G. Lipovetsky La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo, Anagrama, Barcelona, 1988, 46 y 76).

<sup>23</sup> E. Briancesco Matrimonio y sacerdocio ; sacramento, fidelidad, castidad, Teología 21/22 (1972/3) 62-70; Comisión Episcopal de Fe y Cultura El Evangelio ante la crisis de la civilización, Oficina del Libro, Buenos Aires, 1986, 18-23.

<sup>24</sup> Eje central de la vida, la espiritualidad y el ministerio sacerdotal en PDV 23, 24, 27, 29-31, 48-49, 57-58, 70-72.

<sup>25</sup> En esta línea ver la profunda reflexión de C. Bruaire en L' être et l' esprit, PUF, París, 1983, 51-64.

## **UNA EXPERIENCIA REGIONAL DE FORMACION PERMANENTE EN EL N.E.A.**

---

Pbro. Carlos A. De Giusti - Resistencia (Chaco)

La Iglesia en el Noreste argentino (Región NEA) abarca actualmente 9 diócesis con algo más de 3.000.000 de habitantes y unos 320 sacerdotes, de los cuales alrededor de 140 somos del clero diocesano.

Esta Iglesia tiene una joven aunque respetable trayectoria de más de 30 años de buscar en común algunos caminos por los cuales llevar la Palabra y la Vida del Señor a los hombres y mujeres que aquí viven.

Allá por diciembre de 1961 los entonces seis Obispos de esta parte del país, estimulados por la inminencia del Concilio Vaticano II, deciden ir coordinando trabajos, tomar un camino en común. La ocasión la ofrece un proyecto concreto de evangelización y promoción en el ámbito rural.

Y en 1964 comienzan las "Semanas de Pastoral del Noreste", que se realizaron durante 7 años, participando hasta 100 sacerdotes de todas las diócesis de la región. El pastoralista francés Fernando Boulard fue guiando estos encuentros de reflexión y trabajo en la línea de la pastoral de conjunto. Va creciendo entre los sacerdotes de la región un clima de fraternidad, se van formando criterios que ayudan a implementar el Concilio en nuestras diócesis.

Este espíritu de pastoral de conjunto regional se va plasmando en nuevas iniciativas: Seminario Regional de Catequesis, Centro de Promoción Humana, Comisión Regional de Pastoral, y tantas otras. Hoy son más de diez las áreas pastorales que tienen una instancia regional, que respetando la autonomía de cada diócesis, muestran una corresponsabilidad eclesial y una cierta coordinación pastoral, sobre todo en la línea de los servicios.

Y entre los frutos ms ricos de la Región está el Seminario Mayor Interdiocesano "La Encarnación", creado en 1985 con sede en la ciudad de Resistencia, donde se forman los 140 seminaristas de nuestras 9 diócesis.

Pero a nivel de los sacerdotes, después de las tan ricas y famosas "Semanas", que se realizaron hasta 1971, se fue dando un "parate" en los encuentros. Influyó mucho en esto el momento de crisis por las búsquedas de una síntesis nueva en la identidad presbiteral frente a una Iglesia y un mundo en cambios.

### **EL EQUIPO SACERDOTAL DEL N.E.A. Y LA FORMACION PERMANENTE**

Este Equipo comenzó a trabajar en 1988 de una manera informal y autoconvocado, para responder a una necesidad de comunión eclesial por parte de varios sacerdotes, predominantemente jóvenes en ese entonces.

La perspectiva de un nuevo momento de rica comunión a partir del Seminario Regional, con un presbiterio íntegramente formado en la Región, nos movía a los que ya estábamos en las diócesis a crear instancias que nos ayuden a ser también nosotros parte de esta Iglesia-comunión cordial.

Pretendíamos que el trabajo a asumir sea una respuesta al llamado del Papa a una nueva evangelización, partiendo de una conciencia clara de nuestra historia eclesial, "no por mero interés académico o por nostalgia del pasado, sino para lograr una firme identidad propia, para alimentarnos en la corriente viva de misión y santidad, para comprender mejor los

problemas del presente y para una proyección más realista hacia el futuro" (AL CELAM, 12-10-84; II,1).

Desde 1989 venimos realizando un Encuentro anual de 4 días en el mes de julio, del que participan unos 60 sacerdotes y varios Obispos de la Región. Siempre hubo un tema convocante, centrado en el documento del Episcopado Argentino "Líneas Pastorales para la Nueva Evangelización", y la modalidad de convivencia y celebración nos lleva a compartir la vida y el ministerio.

En 1990 los Obispos de la Región han asumido este equipo "informal" como uno de los Organismos Regionales de Pastoral, encomendándole de manera específica un servicio a las Diócesis en la línea de la formación permanente del clero. Está constituido por un delegado de cada diócesis, elegido por su presbiterio y confirmado por el Obispo respectivo. El Obispo delegado por sus pares para esta área es Mons. Carmelo Giaquinta, Arzobispo de Resistencia.

Esta iniciativa pequeña fue creciendo y se ha fortalecido. Ya hemos comenzado a ofrecer servicios de Formación Sacerdotal Permanente en dos modalidades:

a) Para los primeros años después del Seminario:

una semana por año, por grupos de promoción, con énfasis en la convivencia y la espiritualidad, incluyendo algún tema teológico-pastoral. Hay un sacerdote que acompaña a cada grupo.

Modalidad:

- lectura y reflexión personal de los textos que corresponden al tema del día
- compartir experiencias sobre el mismo, a partir de hechos de vida y de la reflexión previa
- iluminación y síntesis por parte del sacerdote que acompaña al grupo (momento objetivo)
- concretar propuestas para evaluar posteriormente (en el Encuentro del año siguiente)
- se dispone de un tiempo importante cada día para la recreación y la oración en común.

Temario de los tres primeros años:

1º año: los cuatro cauces de la evangelización: Cristo, María, la Iglesia, los pobres (L.P.N.E.).

2º año: desde la caridad pastoral (P.O. y P.D.V.), el triple munus (sacerdote, profeta y pastor) y los consejos evangélicos.

3º año: tema eclesiológico: cómo viven en su propio ministerio y en su vida diocesana las tres dimensiones: santidad, comunión y misión.

b) Para todos:

Encuentro anual (4 días en julio) para compartir nuestra vida y ministerio a la luz de un tema específico, con la modalidad de convivencia, trabajos grupales, paneles, iluminación, espiritualidad y recreación. Incluye siempre una tarde de retiro. Se destaca la riqueza del encuentro e intercambio entre jóvenes y mayores. Este Encuentro es un momento fuerte y positivo de comunión: compartimos de corazón a corazón nuestra vida, nuestro ministerio y nuestra fe. Participa algo más del 40% del presbiterio diocesano de la Región (la invitación es libre, pero está en el calendario anual de las nueve diócesis). Ya se hicieron seis.

Temas tratados:

Año 1989: - Respuestas pastorales en la Región a los desafíos del post-Concilio: (momentos destacados en la gestación de la Región Pastoral del NEA)

- El mismo tema en el presente de cada diócesis
- La Iglesia del NEA ante la Nueva Evangelización

Año 1990: - El secularismo: -como desafío pastoral -su incidencia en la vida, espiritualidad y ministerio presbiteral



Año 1991: - Situaciones de injusticia que en el NEA requieren una renovada acción pastoral

- ¿Qué tipo de sacerdote necesita hoy nuestro pueblo para responder a este desafío?

- Problemática del clero joven

Año 1992: - Ahondar en nuestra relación sacerdotal con los cuatro cauces de la evangelización: Cristo, María, la Iglesia, los pobres (LPNE)

Año 1993: - El espíritu de la nueva evangelización: ardor misionero, unidad eclesial, fe libre y personal

- Recogemos el desafío que nos dejan los grandes evangelizadores de América y nos preguntamos qué conversión necesitamos

Año 1994: - La Parroquia como ámbito de la realización del ser y del ministerio presbiteral

- El Cura Brochero. Sus actitudes pastorales. Su ministerio parroquial

Este es el camino realizado hasta hoy. Sabemos que es muy poco. Pero ya comenzamos. Hay inquietudes por algo más. Estamos pensando en un Encuentro largo, tal vez unos 12 días... Los sacerdotes consultados lo piden. Hay que seguir caminando.

Conscientes de que no sólo fuimos llamados un día al ministerio sacerdotal, sino que también hoy el Señor nos sigue llamando y enviando (vocación "en" el sacerdocio dice Juan Pablo II en PDV, 70), asumimos con gozo el desafío de nuestra formación permanente. Las distintas situaciones de nuestra vida personal y la condición histórica de la Iglesia y del mundo la piden como condición de fidelidad a Dios y a los hombres. "Reavivar el don recibido" (2Tm 1,6) en las concretas circunstancias personales, eclesiales y sociales es lo que nos mueve a brindar este servicio.

## **REAVIVA EL DON DE DIOS QUE ESTA EN TI**

---

Carta de los obispos italianos a sus presbíteros sobre la formación sacerdotal  
Conferencia Episcopal Italiana

Considera el ministerio que recibiste en el Señor, y cúmplelo bien  
(Col 4,17).

Queridos hermanos presbíteros: el apóstol Pablo dirige estas palabras afectuosas y a la vez exigentes, a un hombre que, respondiendo al don del Señor, cumple un servicio eclesial. En este servicio queremos ver una participación en aquel sacerdocio ministerial que el Señor nos ha regalado, y que nos une y mancomuna.

El mismo afectuoso y exigente cuidado por un fiel y generoso servicio del ministerio inspira nuestra carta, que les llega al comienzo de la Cuaresma, tiempo litúrgico en que muchos de nosotros solemos escribir una carta pastoral a nuestra comunidad.

Esta quiere ser una forma simple y significativa de comunicación entre nosotros y con cada uno de Uds., tratando algunas líneas de compromiso e indicaciones pastorales surgidas en los trabajos de la Asamblea General de la CEI, celebrado en Colleva del 26 al 29 de octubre de 1992, sobre el tema: "La formación en el sacerdocio: fundamentos, valores y exigencias a la luz de la Exhortación Pastores dabo vobis".

Esos días han sido una experiencia de comunión y de escucha recíproca de los obispos entre sí y con algunos sacerdotes presentes, experiencia muy fructuosa, gracias también a la labor preparatoria desarrollada por la Comisión Episcopal para el Clero y por la Comisión Presbiteral Italiana.

Más allá de cuanto una carta puede expresar, los invitamos a una renovada lectura de la Exhortación Pastores dabo vobis -don grande del Santo Padre a nosotros los sacerdotes- y a la reflexión atenta sobre los textos de la Asamblea: las relaciones teológico-pastorales, las meditaciones y las síntesis de los trabajos y encuentros de estudio, ya difundidos por diversos medios y, en parte, también publicados. Sería útil retomar el contenido de esta carta con ocasiones de los encuentros presbiteriales, ya sea para su meditación, ya para ulteriores profundizaciones teológicas, espirituales y pastorales.

Nuestra Asamblea ha sido una ocasión para reconocer, con humildad y valentía, los problemas, las dificultades y las metas apremiantes que la Exhortación del Papa y, más aún, la gracia del ministerio ordinario exigen de cada uno de nosotros. Por esos nos sentimos personalmente llamados a procurar con empeño nuestra formación permanente y la de ustedes, que representa un punto fundamental para la vida de la Iglesia y para la nueva evangelización de nuestro país.

Una vez más y con realismo, hemos tomado conciencia de datos y situaciones muchas veces preocupantes. Pero nunca ha disminuido nuestra confianza cierta en la indefectible presencia del Señor, que ama y guía a su Iglesia, acompañada de un profundo sentimiento de estima, de respeto y de gratitud fraterna para con Uds. y para con la obra que realizan en una atmósfera de alegría evangélica. Las dificultades y los problemas que acompañan la vida y el ministerio no cancelan, antes bien acrecientan la atención y la conciencia del don que Uds. representan para la Iglesia y para la sociedad.

Nuestra reflexión sobre la formación permanente de los sacerdotes se coloca en la perspectiva que orienta el camino pastoral de la Iglesia Italiana en este decenio. Precisamente, la evangelización y el testimonio de caridad, en cuanto expresan las líneas

sustentadoras y las exigencias fundamentales de la misión de la Iglesia, iluminan y dan fuerza para soltar algunos nudos de la vida y del ministerio de los presbíteros.

El encuentro con el Evangelio nos hace descubrir día a día la novedad radical del sacerdocio ministerial, como participación en el único y perfecto sacerdocio de Jesucristo. El don del Espíritu es el alma del ministerio y de la vida de los sacerdotes. Estamos llamados a responder a este don con una fe madura, sin la cual nuestro ministerio puede ser juzgado como "necedad" y "locura" (cf. 1Co 1,18ss.).

La caridad pastoral del sacerdote para con la Iglesia revela el dinamismo y el ardor de la donación total de Cristo Esposo, en cuyo ministerio y servicio de amor participa el presbítero mediante el sacramento del Orden. Esta caridad es esencialmente misionera, y es condición y razón indicadas por el mismo Jesús "para que el mundo crea" (Jn 17,21) y para que todos seamos atraídos a Él.

Nuestra Asamblea ha puesto de relieve otra dimensión de la caridad, profundamente entrelazada con la precedente: la de la caridad fraterna sacerdotal que ha de vivirse en el seno del presbiterio y que debe abrazar a todos los sacerdotes, a los ancianos, a los enfermos, a los jóvenes, a los más pobres y aún a aquellos que han dejado el ejercicio del ministerio.

La formación permanente de los sacerdotes tiene sus contenidos fundamentales en esta acogida de fe del Evangelio sobre el sacerdocio ministerial y en este testimonio de caridad pastoral y fraterna.

Sólo una formación tal tiene la fuerza necesaria para afrontar y resolver los problemas más concretos referentes a las condiciones de vida y de ministerio del presbítero.

La verdadera formación permanente

Te recomiendo que reavives el don de Dios que recibiste por la imposición de las manos (2Tm 1,6).

Consideremos esta advertencia del apóstol Pablo a Timoteo. Para poder manifestar con fuerza, amor y sabiduría el Espíritu que hemos recibido, debemos sin cesar reavivar y revitalizar nuestra identidad y nuestra obra de servidores del Evangelio.

La asimilación al misterio de Jesús, único y eterno Sacerdote, es el fundamento del sacerdocio. A través de esta relación con Cristo Cabeza y Pastor, el sacerdote vive una relación esencial con la Comunidad: está en la Iglesia y está frente a la Iglesia.

Por eso todos necesitamos una formación permanente, que nos habilite para una respuesta creciente al don recibido, y a una apertura y un gozoso testimonio de éste.

La fidelidad al don recibido es un proceso de conversión continua que se abre a la espiritualidad y a aquel radicalismo evangélico que en el sacerdocio se caracteriza por la libre opción del celibato, por la obediencia apostólica, por un estilo de vida sencillo y pobre y por un compartir fraterno.

La importancia y la urgencia de la formación permanente se nos manifiestan por el dinamismo propio de la persona humana y, más aún, por el significado íntimo del sacramento del Orden.

La llamada de Jesús origina un diálogo ininterrumpido, exige una respuesta siempre nueva y una configuración progresiva con él, el Buen Pastor, en un itinerario empeñoso y exultante, de conversión y de crecimiento espiritual dentro de una existencia enteramente consagrada al ministerio.

En este sentido la formación permanente no consiste simplemente en una especie de estrategia para salvaguardarse del desgaste de la labor diaria, ni un puro aggiornamento de tipo profesional, que sin embargo nos es necesario, sobre todo en el ámbito del estudio de las disciplinas teológicas y pastorales y de aquellas que pueden ayudarnos a comprender mejor el mundo y el tiempo en que vivimos.

La formación permanente es el camino obligado para una vitalidad siempre renovada en el ejercicio del ministerio y la condición para que el sacerdote pueda "custodiar con amor vigilante el 'misterio' que lleva en sí para bien de la Iglesia y de la humanidad" (Pastores debetis, n°72).

Los años del Seminario constituyen sólo el inicio de esta formación, que no debe interrumpirse nunca. Este itinerario educativo debe continuarse en el ejercicio de nuestro ministerio, a través de específicas iniciativas de formación, en un contexto vivo de comunión entre sacerdotes y con el pueblo de Dios. En efecto, el sacerdote vive y realiza la propia vocación y misión en la comunión con el obispo, dentro del presbiterio y de la comunidad cristiana.

El compromiso de un crecimiento formativo no puede ser delegado, sino que queda confiado a la responsabilidad personal de cada uno de nosotros, porque representa una característica propia de la vida espiritual del presbítero, la que es raíz, compendio y fin de las otras dimensiones de la formación permanente.

Nuestro compromiso personal requiere, por lo tanto, un programa personal articulado y fiel de oración y de estudio, la reordenación de las actividades pastorales propias y una mayor corresponsabilidad y colaboración con los fieles laicos.

Los desafíos que la secularización y los rápidos y profundos cambios culturales de la sociedad plantean a todos los creyentes, tornan aún más necesaria y apremiante la formación permanente de los presbíteros, como condición e instrumento indispensable para un adecuado servicio en la comunidad eclesial de hoy. Propongámonos ahora algunas iniciativas por las cuales nos comprometamos -en primer lugar nosotros los obispos, con Uds. y por Uds.- como a una ayuda concreta a la verdadera formación permanente.

1) En cuanto obispos y, por lo tanto, primeros responsables de la formación permanente, queremos dedicar una particular atención al servicio de nuestros colaboradores comprometidos en este campo.

2) En cuanto Conferencia Episcopal Italiana y en colaboración con la Comisión Presbiteral, tenemos intención de organizar un seminario nacional para confrontación y profundización de las experiencias de formación permanente presentes en nuestra Iglesia.

3) Nos comprometemos a valorizar, en las diversas iniciativas diocesanas o interdiocesanas, las metodologías de formación, que involucren mejor la persona del presbítero de modo global. De aquí la exigencia de preferir los encuentros con forma residencial, de cultivar la disposición ordenada y regular de las diversas iniciativas, de constituir y animar la correspondiente estructura de sostén para los sacerdotes jóvenes de la que habla la Exhortación Pastores dabo vobis (cf. n°76) de crear donde sea posible, iniciativas diversificadas para las distintas etapas de edad de los sacerdotes o para los diversos sectores de ministerio.

## Las condiciones de vida y de ministerio

El Señor designó a otros setenta y dos discípulos, y los envió de dos en dos... Les dijo: La mies es mucha pero los trabajadores son pocos. Rueguen pues... ¡Vayan! No lleven dinero, ni alforja... El que trabaja merece su salario... (Lc 10,1-12).

Acoger la invitación del Señor Jesús para servir al pueblo que él nos confía significa ponerse en su seguimiento en las mismas condiciones de pobreza y de precariedad que marcaron su existencia entre nosotros. La vida de aquellos que comparten con Cristo el servicio a los hermanos lleva consigo un sereno afrontar las dificultades y un rechazo a confiar en las seguridades puramente humanas, materiales o psicológicas, el abandono confiado en las manos del Padre y una vida de comunión intrapresbiteral dentro de la única comunidad eclesial.

El presbítero comparte las condiciones del hombre contemporáneo, con la sensibilidad propia y en las situaciones típicas del ministerio, que no pocas veces conoce fatigas y dificultades: un cierto sentimiento de incapacidad, el agobio de un trabajo excesivo, una posición social menos relevante que en el pasado, condiciones difíciles de vida doméstica, la distancia territorial a veces notable de los otros cohermanos, el peso de los años que grava el persistente compromiso pastoral.

Estas dificultades deben ser, para los presbíteros y para la comunidad eclesial, un fuerte llamado a vivir en la caridad fraterna y activa, la única capaz de encontrar y asegurar respuestas precisas y concretas.

A la luz de la fe, estas mismas dificultades se convierten en un requerimiento a participar en el "misterio" de comunión y de misión de Jesucristo y de su Iglesia: en el Hijo de Dios, crucificado y resucitado, encontramos el meollo de nuestra identidad cristiana y el recurso original e inagotable de nuestra mutua acogida y de nuestra ayuda recíproca.

La solución aportada a los problemas concretos de la vida y del ministerio de los sacerdotes no será así un remedio forzado de dificultades y limitaciones contingentes, sino la encarnación convencida de aquella visión evangélica de la vida de los presbíteros y de la comunidad eclesial a la cual el Concilio Vaticano II nos ha hecho un llamado apremiante.

La vida doméstica del sacerdote debe ser considerada no solo como un aspecto de la existencia cristiana signada siempre por la radicalidad evangélica, sino también como un momento de la comunión con todo el presbiterio. La relación con el presbiterio, como trama sacramental de la vida del sacerdote, aparece hoy como esencial si se quieren resolver los problemas de la vida doméstica con soluciones eficaces, organizadas y permanentes.

Respecto a la contribución que para estos mismos problemas puede aportar la comunidad cristiana, la experiencia muestra que las mejores condiciones de vida y de ministerio de los presbíteros sólo pueden darse en el ámbito y con la colaboración de un laicado maduro, que sea capaz de reconocer y recibir del mismo Cristo el don del sacerdocio ministerial.

La complejidad propia de la vida contemporánea torna más aguda la necesidad de que cada presbítero -como condición y fruto de madurez espiritual- elija y siga una regla de vida, no formalista sino sapiencial, operativa y concreta. Bajo este aspecto, es también indispensable la responsabilidad personal. Toca a cada presbítero cuidar del don de la propia existencia: no sólo la vida espiritual y la oración, la meditación, el apostolado, sino también los aspectos más concretos de la economía personal, de la salud, del descanso, del tiempo libre...

El servicio humilde de los quehaceres domésticos puede ser una forma de dar testimonio. Pero es más conveniente que el presbítero no carezca de una ayuda doméstica, no tanto para evitar los trabajos de la casa, sino para tener aquella mayor libertad y disponibilidad requeridas para el cumplimiento de la evangelización y del ministerio.

Conscientes de ser como obispos el centro y el corazón del presbiterio, nos sentimos llamados a promover -con la generosa colaboración de los religiosos, de las religiosas y de los laicos y laicas de nuestras diócesis y parroquias- aquellas condiciones que favorezcan al presbítero una existencia tranquila, también respecto a las necesidades más concretas de la vida doméstica.

Haremos una indagación oportuna, en colaboración con la Federación de Asociaciones del Clero en Italia (F.A.C.I.) y con el Instituto Central del Mantenimiento del Clero (I.C.S.C.), con el fin de conocer con precisión las condiciones de vida doméstica de los sacerdotes y las causas que ocasionan no leves dificultades. Este será el primer paso para afrontar y resolver concretamente aquellas situaciones que requieren una intervención organizada y lo más rápido posible.

Propongamos ahora a nuestra solicitud y a la de ustedes algunas situaciones de real dificultad para la vida y el ministerio del sacerdote, e indiquemos algunas perspectivas para superarlas.

1) Una primera dificultad puede provenir de la condición de soledad del sacerdote, ligada a veces a situaciones territoriales, sociales y psicológicas que colocan a los sacerdotes en estado de aislamiento. Podría ayudar a la solución de este problema el favorecer alguna nueva forma de coordinación de las parroquias del territorio, creando un servicio armonioso entre varios presbíteros en el ámbito de parroquias lindantes o vecinas.

Debemos procurar, además, promover y sostener formas de vida comunitaria entre sacerdotes, flexibles y adaptadas a las diversas sensibilidades. Tarea primordial de nuestros Seminarios es proponer a los futuros presbíteros este modelo de vida y prepararlos para que luego lo pongan en práctica.

Una relación humanamente rica con los fieles laicos representa también para el sacerdote responsable de cura de almas una ayuda diaria para afrontar la soledad.

Sin embargo no podemos olvidar que una forma de soledad rectamente entendida y vivida en presencia de Dios, es parte de nuestro ser de personas consagradas.

2) El aumento de la edad media de los presbíteros y la disminución de las vocaciones sacerdotales, que implican para muchos sacerdotes un aumento de compromisos pastorales. Se hace así ineludible la necesidad de revisar y reconsiderar con visión verdaderamente eclesial y misionera, la distribución del clero dentro de las diócesis y entre las diversas Iglesias particulares.

Pero ya puede darse un primer paso: hacer la experiencia de formas de colaboración y de coordinación pastoral entre parroquias vecinas, a fin de poner más de manifiesto la dimensión de la comunión propia de la Iglesia y del presbiterio, y de incrementar más la eficacia de la actividad pastoral.

3) La amplitud y el número de compromisos formativos y pastorales, que superan hoy con frecuencia las fuerzas del presbítero, requieren que pueda darse plena expresión a la más amplia y diversificada ministerialidad de la comunidad eclesial. Esta no está sólo ligada a

las urgencias y oportunidades de nuestro tiempo, sino que es constitutiva de la Iglesia misma; por otra parte, puede recibir de estas mismas urgencias y necesidades un providencial impulso para ser despertada y activada.

Como obispos y presbíteros estamos llamados a reconocer, animar y guiar los diversos ministerios en la Iglesia, desde el de los diáconos hasta el de los fieles laicos, para que todos queden incluidos en la actividad viva de la evangelización y del servicio de la Iglesia y de la humanidad.

En tanto que pedimos a los diáconos que cooperen generosamente con Uds. en el servicio de la comunidad eclesial, a Uds. presbíteros, les pedimos que amen y valoren el ministerio diaconal, ayudándole a desarrollarse en el respeto de su propia identidad.

Con igual solicitud invitamos a los fieles laicos a vivir con convicción y entusiasmo la propia parte de responsabilidad en el crecimiento de la comunidad cristiana, también respecto a la vida y al ministerio del presbítero, de la pastoral de las vocaciones y de la nueva evangelización.

### El presbiterio

Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado, y que yo los amé como tú me amaste (Jn 17,23).

Las palabras de la oración sacerdotal de Jesús se refieren ciertamente a todos sus discípulos, pero encierran una verdad particular para nosotros, a quienes él ha llamado a estarle íntimamente unidos como pastores del pueblo de Dios. La comunión del presbítero con el obispo y con los cohermanos diocesanos y religiosos, es signo decisivo del servicio que se les pide: dar testimonio del amor de Dios a los hombres, y así construir su Reino. La comunión del presbiterio -del que también forman parte los religiosos presbíteros (cf. *Christus Dominus*, n° 35)- es vivir de tal modo que se conviertan en ejemplo de las relaciones fraternas que deben existir entre todos los miembros del pueblo de Dios.

La teología del ministerio ordenado ha desarrollado, sobre todo en el período post-conciliar, una significativa reflexión sobre la naturaleza del presbiterio. Mientras se prolongue la profundización teológica, estamos llamados a dar nuevo impulso a una fraternidad sacerdotal que sea capaz de informar la vida y el ministerio de los presbíteros (cf. *Pastores dabo vobis*, n° 17).

La valorización y el aumento del presbiterio comprenden un compromiso explícito de comunicación, entendida como fruto y exigencia de comunión. Esto requiere, ante todo, una transparente capacidad de relaciones entre los mismos presbíteros.

Conocidas son las dificultades que se suscitan cuando no se ha ejercitado una madura relación personal con los otros. Esto exige un largo itinerario educativo, al que el Seminario debe brindar el inicio y el fundamento. Los educadores de nuestros Seminarios deben sentirse comprometidos a cultivar y formar a los futuros presbíteros para el diálogo y la relación interpersonal. En esta perspectiva también entra el cuidado del equilibrio afectivo de la persona en orden a su compromiso del celibato, como don de Dios y opción necesaria para una vida de servicio pleno e incondicionado de la Iglesia. A partir de esta sólida base podrán cuidarse mejor las diversas formas de relación que preparan para la vida presbiteral, el servicio eclesial y el diálogo con los hombres contemporáneos. La comunión, el diálogo y las relaciones vividas por el presbítero excluyen toda tentación de protagonismo y de centralización, con conciencia de que el presbítero sirve y preside a toda la comunidad, no

en nombre propio, sino como "representante sacramental de Jesucristo Cabeza y Pastor" (Pastores dabo vobis, nº 15).

Para lograr que la realidad sacramental del presbítero se torne concreta y operante, debemos empeñarnos en desarrollar juntos algunos aspectos:

1) Acoger con prontitud y generosidad todas las ocasiones -comenzando por las más sencillas y cotidianas- para cultivar cuidadosamente la comunicación y la comunión entre los presbíteros.

2) Valorar todo lo creado para dar identidad y fuerza, también en forma activa, a la vida del presbiterio. En este sentido, se podrá considerar si en cada diócesis no será útil un momento de verificación y clarificación sobre las tareas y la funcionalidad del Consejo Presbiteral.

3) Cuidar la modalidad y la calidad de los encuentros presbiterales en el ámbito de la diócesis y de las zonas pastorales propias. El repensarlos y programarlos será de mucho fruto para la vitalidad del presbiterio y de la fraternidad sacerdotal.

Se deberá cuidar especialmente la programación de los Ejercicios y Retiros espirituales para los sacerdotes.

4) En problemas particulares de orden económico dar la primacía a la solidaridad sacerdotal. En esta prospectiva es importante adherir con convicción al nuevo sistema de mantenimiento del clero, como modo concreto de vivir, en cuanto Iglesia italiana, la comunión y la coparticipación.

Como obispos nos empeñaremos en una comunicación más habitual y profunda con Uds., para que, a pesar de la dificultad debida a la dimensión de algunas diócesis, cada sacerdote pueda encontrar en cada uno de nosotros un padre, un hermano y un amigo para su vida personal y para su actividad pastoral (cf. Lumen Gentium, nº 28; Presbyterorum Ordinis, nº 7).

En la vida cotidiana y en el servicio de la Iglesia particular caminamos con Uds.; y, en especial, compartimos con Uds. la responsabilidad de elaborar y realizar el plan pastoral de nuestras Iglesias. Somos todos conscientes de que la unidad del presbiterio se construye concretamente en torno a una labor pensada y vivida juntos.

Los sacerdotes ancianos y enfermos

Poco me importa la vida, mientras pueda cumplir mi carrera y la misión que recibí del Señor Jesús: la de dar testimonio de la Buena Noticia de la gracia de Dios (Hch 20,24).

Estas expresiones del discurso de Mileto interpretan eficazmente la actitud espiritual que todo presbítero, y, en primer lugar, todo obispo, debe asumir en cada etapa de la propia existencia, y en particular cuando la edad avanzada o la enfermedad tornan más pesado el ejercicio del ministerio.

Una actitud apropiada incluye siempre el reconocimiento de los límites propios y la disponibilidad a continuar entregándose de acuerdo a las necesidades de la comunidad eclesial, hasta que lo disponga el Señor.

Si los sacerdotes ancianos por la fuerza de las circunstancias, deben en algunos aspectos disminuir su actividad pastoral o abandonarla completamente, permanecen no obstante intactos su identidad de ministros del Evangelio y de la gracia y el sentido de su servicio. A



la luz de la fe y de la comunión de los santos, su presencia es preciosa y fecunda para la vida de santidad de la Iglesia, sobre todo, en el continuo ejercicio de la oración, del consejo y de la dirección espiritual.

Más significativa aún es la presencia de los sacerdotes enfermos. Es hermoso y confortador encontrar en estos hermanos nuestros el testimonio de una vida entregada al Señor, entretejida de sufrimiento y de oración, en una serena fidelidad a la propia vocación.

Obispos y sacerdotes debemos estar muy cerca de nuestros cohermanos ancianos o enfermos, para que siempre se sientan parte viva del presbiterio.

Cuando el obispo, o el sacerdote anciano, se ve obligado a dejar la responsabilidad pastoral, debemos hacer lo más que podamos para que experimente siempre afectuoso respeto y profunda gratitud por el testimonio y el servicio que ha prestado a la Iglesia.

Es menester, sobre todo, manifestar concretamente que su ministerio no se interrumpe, aunque haya variado la forma, y que no es menos apreciado por sus cohermanos y por los fieles. Juntos debemos buscar y ofrecer soluciones personalizadas, de acuerdo a la diversidad de los lugares y de las necesidades pastorales, y garantizar que las Casas del Clero sean lugares de mucho humanidad y de verdadera fraternidad.

Pedimos a los sacerdotes ancianos disponibilidad y serenidad en el cambio de modalidad de su ministerio. Podrán así aportar todavía a la comunidad eclesial los frutos de su experiencia y de la continua vitalidad de su ministerio.

Cuando el sacerdote enferma gravemente hasta tornarse inhábil, tiene derecho a nuestra solidaridad. Es el momento en que se puede medir la autenticidad de la caridad de un presbiterio y de toda una comunidad eclesial.

Ahora los encomiendo al Señor y a la palabra de su gracia, que tiene poder para construir el edificio y darles la parte de la herencia que les corresponde con todos los que han sido santificados (Hch 20,32).

Con estas palabras se dirige el apóstol a los presbíteros de Éfeso. Lo mismo queremos decirles a Uds. para comunicar esperanza y fuerza a estos nuestros propósitos, con la convicción de que las dificultades de la vida presbiteral pueden ser superadas si todos confiamos en el Señor y en su gracia.

Nuestros proyectos están iluminados por la escucha de la Palabra, y de la comunión del Señor Jesús nos viene la fuerza para realizarlos para bien de toda la Iglesia, en su camino hacia el cumplimiento del Reino.

Sus obispos  
Roma, 22 de Febrero de 1993  
Fiesta de la Cátedra de San Pedro

(Traducción de las monjas benedictinas de Santa Escolástica)

## RECENSIONES

---

"ADULTO Y CRISTIANO. CRISIS DE REALISMO Y MADUREZ CRISTIANA"

GARRIDO, Javier

Edit. Sal Terrae. 1989.

Como el mismo autor nos dice en el prólogo "Este libro no ha sido escrito para solucionar la crisis de la segunda edad en 10 días. Ciertamente quiere ser una ayuda para quien entre los 40 y 55 años, siente la necesidad de hacer un balance de su vida".

¿Qué pasa a partir de los cuarenta años? ¿Por qué hombres/mujeres mejor realizados se sienten insatisfechos? Unos se aferran a la ilusión, otros se deprimen, algunos maduran.

¿Cuáles son los desafíos de la segunda edad? ¿Cómo afrontar la crisis de realismo y reducción? ¿Se puede establecer alguna correlación entre los ciclos vitales y los procesos espirituales? ¿Por qué el desfase tan frecuente entre la adultez psicológica y la experiencia religiosa?

El autor divide su exposición en tres partes. En la primera nos ofrece los criterios de la psicología siguiendo la antropología de Erikson y Jung desde los que va a analizar la experiencia humana. También nos ofrece los de la espiritualidad y teología cristiana. Se trata de acercarse a la temática humana en forma interdisciplinar. En la segunda parte va analizando y desvelando algunos de los misterios de esta etapa de la vida: ¿Por qué la crisis afectiva? ¿Por qué tanta gente quemada? Las tentaciones del adulto, la crisis existencial, la crisis de fe. En la tercera parte nos va ofreciendo diferentes respuestas y criterios de acción en orden a orientar y dar sentido a la problemática humana propia de esta edad: hacer un balance de la vida, aceptación y confianza, recuperar la oración, madurez afectiva, realismo y esperanza...

En un tono sencillo y profundo, con un vocabulario científico, pero accesible, el autor va respondiendo a lo largo de las casi 260 páginas a la promesa que nos hiciera en el prólogo. En forma clara, concreta y realista no solo describe la compleja realidad humana de esta etapa de la vida, sino que va también ofreciendo respuestas y orientaciones no menos concretas y posibles.

Garrido, nos ofrece un verdadero instrumento educativo y formativo, no solo para quienes están transitando por esta edad sino para todos aquellos que por uno u otro motivo, están interesados en un servicio de comprensión y ayuda pastoral y humana. Al concluir su lectura no solo nos deja un buen sabor sino también un interés por volverlo a leer y profundizar. Con sinceridad y verdad creemos que es uno de los buenos libros con que hoy contamos en orden a comprender y responder mejor a las grandes cuestiones de la vida humana.

Fr. Evelio José Ferreras, OP

## **"LA RADICALIDAD DE LA FE"**

---

MARTINI, CARLOS MARIA

Ediciones Paulinas-1993

Aunque dirigidas inicialmente a seminaristas, las reflexiones de Martini resultan válidas para los sacerdotes en cualquier etapa de la vida. Invitan a reflexionar en presencia del Señor, a examinar el estado de la propia entrega y a volver a emprender con nuevo y humilde ánimo el camino del servicio ministerial. El estilo es simple y profundo, como acostumbra el autor. Basada en la lectura meditada de la Escritura (Lectio divina), la propuesta pretende ayudar a profundizar el servicio eclesial a Jesús asumiendo la propia historia personal. Antecede una rica indicación metódica sobre el modo de pasar un rato con el Señor como "en la hora décima" (Juan, 1, 37-39), mencionada o supuesta en casi todas las obras del autor, las propuestas posteriores giran en torno a la mutua implicación de fe, celibato y ministerio como un apoyo para que esos valores cristianos bien conocidos penetren profundamente en la existencia personal. Notar el matiz: "...el hombre PUEDE llegar a integrar la verdad religiosa cristiana en la plenitud de su personalidad, porque muchas personas no interiorizan jamás su fe" (pág.14). Algunos subtítulos sugerentes: "tres formas impropias de seguimiento", "la toma de conciencia del dinamismo vertical de la sexualidad", "el estímulo de los pesos ancestrales", "¿cómo ubicarse respecto de las dificultades del ministerio?", etc.

Las obras del autor como la comentada ahora, sólo alcanzan a realizar su cometido si uno se mete en los temas pensándolos animosamente en espíritu de oración. Esta recopilación de algunas charlas de Martini sirve de poco si sólo se la emplea para una lectura apresurada. Valioso escrito para reencontrar ideas que todo ordenado o futuro ordenado recibe de la riqueza de la Iglesia para trabajarlas largamente a fin de que lleguen al corazón, a las actitudes, a la vida.

Pbro. Eduardo Street  
Olivos, Pcia. de Bs. As.